

SE SUSCRIBE en Madrid en las oficinas de EL DIARIO ESPAÑOL...

PRECIO DE SUSCRICION. Un mes... 12 rs. Tres meses... 36

EL DIARIO ESPAÑOL, CIENTÍFICO Y LITERARIO.

SE SUSCRIBE en provincias en las principales librerías y administraciones de correos...

Table with 2 columns: Subscription location and price (e.g., Provincias: Tres meses. 60 rs.).



El fúnebre estampido del cañón anunció ayer mañana que había dejado de existir el emblema mas puro y culminante de nuestra gloria militar...

Però si el tiempo es bastante poderoso para acabar con las existencias físicas, si nada de cuanto pertenece a la organización material es capaz de resistirle...

El general Castaños, representante de una de las épocas mas augustas de nuestra historia, héroe de una de las mas magníficas epopeyas...

No hay exageración, no, en nuestros juicios, ni nos ciega la influencia de un estremo patriotismo. Aunque el ilustre duque de Bailen hubiera sido constantemente derrotado...

Esto es lo que significa el general Castaños; los homenajes de veneración y respeto que en vida se le han tributado, y el culto que se rinde a su memoria...

Tal vez algunos de esos que se complacen en la disecadora tarea del análisis, pretendan legar á la posteridad el mezquino testimonio de la pequenez de espíritu que les anima...

Sin embargo, para que conste que aun bajo este punto de vista secundario, el general Castaños es acreedor á la gratitud de los nacionales...

Ayer anunciábamos ya á nuestros lectores que en el estado en que se encontraba el duque de Bailen no ofrecía su vida ninguna esperanza...

Pronto circuló en la mañana de ayer esta infausta nueva entre los habitantes de Madrid.

Su cadáver, embalsamado y revestido de la histórica casaca blanca, se colocó interiormente en la sala de su casa...

Ya hemos dicho que S. M. la Reina había dispuesto que se hiciesen al ilustre duque todos los honores de capitán general del ejército...

Aun no se sabe si la conducción del cadáver á la iglesia de Nuestra Señora de Atocha será el domingo ó lunes.

Al tiempo de salir de San Isidro se hará una descarga de tres cañozos, y otra de igual número al entrar en Atocha.

Para la hora del entierro se pondrá toda la guarnición sobre las armas, y se encaminarán las tropas á los puestos que se les hubiere destinado...

A la marcha del acompañamiento del entierro han de preceder una batería rodada y el caballo del ilustre difunto, que llevará los caparzones negros con el escudo de sus armas y cifra de su nombre.

Luego que la artillería llegue á la vista de la puerta de la iglesia, se colocará enfrente de ella ó sobre algun costado, de modo que no pueda ocasionar desgracia al tiempo de hacer tres descargas...

A los cañones seguirá en orden de marcha el sargento mayor de la plaza á caballo, y detras de él un coronel y un teniente coronel, también montados...

Seguirán luego las comunidades y parroquias, y á estas el cadáver; y llevarán las cintas de la caja mortuoria los capitanes generales de ejército que hoy residen en Madrid...

Después del cadáver irá S. M. el Rey, que presidirá este acto, el capitán general y todas las personas invitadas á esta ceremonia...

EL DUQUE DE BAILEN (I).

Bailen es el gran nombre de nuestra historia contemporánea. Las naciones mas sobresalientes por su importancia en el mundo, durante su peregrinación en la larga escala del tiempo, han conservado vivo el recuerdo de un hecho célebre, enteramente ligado á su existencia política y social...

Cierto que la victoria de Bailen es un hecho bien extraordinario, aun mirándole desde el punto mas elevado de la imparcialidad histórica. Cuando el continente entero temblaba bajo la espada del conquistador, y cuando las águilas del nuevo imperio se remontaban orgullosos del Rhin hasta el Danubio...

Los mas importantes de nuestra nación, muchos de los cuales no están aun completamente esclarecidos. Los datos inéditos y numerosos que hemos logrado reunir, derramarán una luz necesaria sobre hechos tan capitales...

Para poner en relieve las fases principales de esta biografía la dividiremos en cuatro épocas: la primera comprende los sucesos ocurridos en la vida del general Castaños hasta que fué nombrado comandante del campo de San Roque...

EPOCA PRIMERA.

Bajo el benéfico reinado de Fernando VI, en el período en que la nación española se reunía de la honda herida labrada en su seno por la guerra civil y extranjera, vino al mundo D. Francisco Javier Castaños.

D. Francisco Javier Castaños entró casi en la aurora de su vida en la carrera militar, mereció á las circunstancias de su familia. Su padre, D. Juan Felipe Castaños y Orioste, prestó servicios distinguidos al ejército español en la guerra praemédica que conmovió el seno de la Europa...

Mostróse el niño desde luego merecedor de tan señalada gracia; pues en un período en que la vida moral del hombre reside casi entorpecido en el corazón, ya se describían en él una imaginación singular y un especial afecto al estudio.

Permaneció en este punto hasta que Carlos III espidió un decreto, disponiendo que todos los oficiales del ejército, en clase de menor edad, pasaran como alumnos al real Seminario de nobles de esta corte...

Trascurrido el tiempo que, según reglamento, Castaños debia permanecer en el Seminario de Nobles, volvió al lado de su padre, que continuaba en Barcelona, y que habiéndose quedado ciego, suplicó al rey le permitiera tener cerca de sí á su hijo...

Habíase encendido la guerra, no solo en la inmensa extensión del Atlántico, si que tambien en las colonias inglesas en América y en los vastos confines del continente europeo. La Francia y la España, unidas por el pacto de familia, pugnaban por arrancar á la Inglaterra el centro de los mares...

Prosiguió la guerra con el mayor calor, y en 1784, 8000 españoles, acudidos por el duque de Crillon, arribaron á la isla de Menorca, acometieron á los ingleses con tanto brío como fortuna, y los obligaron á encerrarse en el castillo de San Felipe.

1782. Poco tiempo despues de rendirse el castillo de San Felipe obtuvo Castaños una prueba honrosa de la confianza que inspiraba al duque de Crillon. Fué, pues, comisionado para arreglar con el gabinete de Saint-James el cange de los españoles prisioneros.

Vuelto al servicio activo, se halló en el sitio de Gibraltar, emprendido en el mes de setiembre del precitado año de 1782, y fenecida esta operacion con grave detrimento de las armas combinadas...

Castaños, cuyo valor, cuyo afecto á la disciplina, cuyo celo por la instrucción de las tropas le hacían acreedor á repetidos ascensos, siguió en ellos, sin embargo, la mas rigurosa escala, y obtuvo por ella el de coronel graduado en 14 de enero de 1789.

Levantado el sitio, el sargento mayor Castaños volvió á Cádiz con su batallón; y allí ascendió á teniente coronel del mismo regimiento de Saboya, el 18 de marzo de 1784; permaneció hasta el 85, en que el segundo batallón se incorporó al primero...

Castañón, cuyo valor, cuyo afecto á la disciplina, cuyo celo por la instrucción de las tropas le hacían acreedor á repetidos ascensos, siguió en ellos, sin embargo, la mas rigurosa escala...

La tregua cesó con el rapido movimiento practicado por los marroquíes sobre la plaza de Ceuta, desesperados ya de la toma de Oran; los bravos de Saboya corrieron al socorro de los nuevos sitiados...

Haria aquella molesta guerra el amor propio de las armas españolas, que se encontraban sujetas á permanecer reducidas al círculo de un sitio estrechado mas y mas cada vez cansadas de sufrir en aquel estado de zozobra y privaciones...

Castañón habia tenido lugar de redoblar sus servicios, que unidos á la inteligencia y exactitud que procuraba desplegar siempre que se trataba del cumplimiento de sus deberes...

Castañón habia tenido lugar de redoblar sus servicios, que unidos á la inteligencia y exactitud que procuraba desplegar siempre que se trataba del cumplimiento de sus deberes...

Por este tiempo el vértigo revolucionario francés tocaba al grado del delirio; no satisficla la conveniccion con los torrentes de sangre derramados, ni con las victimas sacrificadas al idolo de una libertad mal comprendida...

Mandaba á la sazón en aquel punto, como general de division, el mariscal de campo D. Gonzalo O'Farril, y simpaticando desde luego con el coronel Castañón, formóse entre ellos una amistad íntima que solo pudo ser interrumpida por la guerra.

(1) Su hermano, á quien hemos citado, habia hecho servir de antecedente en las oficinas del cuerpo, donde desempeñó las veces de simple escribiente, penetrándose de este modo de la marcha de los negocios...

vulnerar despues la fuerte oposicion de principios que, como se dirá mas adelante, sostuvo á Castañón fiel á su deber, mientras que O'farril sacrificaba el honor, entregando sus servicios á los enemigos de su patria.

El 23, y en una de las diferentes acciones que tuvieron lugar en Oruña, dió Castañón una de esas pruebas extraordinarias de valor, que si en los franceses mas criticos bastan á evitar los mayores peligros, han menester fundarse en una serenidad absoluta...

El general Caro, que lo era en jefe de las tropas, honraba siempre á Castañón con su afecto; y habiendo elegido á este como uno de los comandantes de avanzada y descubiertas en Irún, se halló en las diferentes acciones que ocurrieron en las alturas de Endaya para desalojar á los enemigos...

Aquí suspendemos de propósito nuestra narracion, para hacer á nuestros lectores el ligero y descolorido bosquejo de un hecho que entonces admiró todo el ejército, y que tanto ennoblecía á sus autores...

Era aquel un acto capaz de arrancar lágrimas: la vida de Castañón pendía sin duda del mas ligero descuido por parte de los granaderos...

Seguia la guerra su curso, aunque con menos fortuna para nuestras armas: la Francia debia llevar al colmo las glorias de las suyas, sin que la Europa coligada fuese bastante á contrarrestar el empuje de sus ejércitos...

Ya hemos dicho que S. M. la Reina había dispuesto que se hiciesen al ilustre duque todos los honores de capitán general del ejército. Así es que con arreglo á ordenanza á cada media hora debe dispararse un cañozazo.

(1) Esta biografía está tomada de la obra que se publica en esta corte bajo la dirección del capitán D. Pedro Chamorro y Bagniere, titulada El Estado mayor general del ejército...

rostrando el grave peligro de una recaída, que á haber sucedido, le hubiera vuelto á colocar á las puertas de la muerte, montó á caballo, y se empeñó en cubrir su puesto, á la cabeza del regimiento. En vano trató de persuadirle el general de la imprudencia de aquel paso: ni sus amonestaciones, ni las de los jefes y subalternos, ni los ruegos de su familia, ni las respetuosas demostraciones de los soldados, fueron bastantes á disuadirle de su propósito. Su presencia en la acción, que inspiraba á aquellos bravos un arrojo y confianza sin límites, contribuyó en gran parte á la favorable decisión de la pelea, alcanzada por nuestras tropas después de la más obstinada resistencia por parte de los enemigos.

Aquella prueba fué la última señal de su restablecimiento; y consagrado de nuevo á los afanes de la guerra, vio empezarse para él una década honrosa, en cuya gloria alternó el entonces brigadier con el jefe de la Romana. El general Caro había dispuesto formar de compañías de preferencia dos columnas, que debían operar de consuno, pero con independencia del ejército: el mando de la una fué encargado á la Romana; el de la otra fué conferido al brigadier Castaños. El pensamiento dominante en la formación de estas columnas, estaba esencialmente en una armonía y confianza absoluta entre el general y los jefes, destinadas á causar al enemigo inesperados descabros, y á comprometerle en operaciones de que había de aprovecharse el ejército para adquirir ventajas; preciso era que obrasen de consuno y con la reserva y rapidez sencilla de la voluntad general. Dificil hubiera sido reunir en medio de las anagoras de una guerra, tres hombres mas identificados como en aquella lo estaban el general Caro y los brigadieres Castaños y la Romana; y miembros que en la esencia formaban un mismo cuerpo, concurrían de consuno á la realización de las más difíciles empresas, bastando una mera señal del que de los tres constituía la cabeza para que sin vacilaciones, ni dudas, ni desconfianzas, las acometiesen en el acto. *Mañana* (á tal hora) enredaría. Estas lacónicas frases, que denotaban la suma confianza que el general tenía depositada en los dos jefes, eran para estos mas obligatorias y espressivas que las mas energías y pomposas ordenes generales del ejército; y á la hora dispuesta enredaban, en efecto, al francés en una refriega tan violenta como inesperada, que nunca podía dejar de ser fatal para el enemigo, quien escarmentado en varios encuentros y cogido por el ejército en las emboscadas á que incautamente le atraían las columnas, llegó á temerlas hasta el punto de evitar entrar con ellas en la lucha.

Levantaban el nombre de columnas de alternación, porque alternaban indiferentemente en el servicio, apoyándose mutuamente, y participando unisonas de las fatigas y de las glorias: para ellas no había turnos ni emulaciones mal entendidas; ni las separaban un ápice de su deber esas envidias torpes que tantas veces destruyen los planes mejor dispuestos: aquella armonía extraordinaria, y de que tan pocos ejemplos encontramos en la historia, era la mejor garantía de los triunfos que se sucedieron á la formación de aquellos cuerpos provisionales; y tal vez por ella, al menos en gran parte, se vieron imposibilitados los franceses de salvar, como deseaban, la poderosa valla de Pamplona que pudiera franquearles el paso hasta Madrid.

Tan solo puede producir estos resultados la concurrencia de genios especiales: Castaños tuvo siempre en su favor un admirable tacto social, que le condujo fácil y directamente por el camino de los corazones, en donde, sin esfuerzo, supo captarse simpatías; la oportunidad de los hechos, y aun también la de las frases, estrechan los límites y provocan la atracción simpática de los sentimientos; y Castaños, que dominaba por la oportunidad de la acción y la palabra, poseía esos medios á cuya influencia es difícil resistir: solo así puede concebirse esa feliz atracción en que se conservaban ambas columnas; como el carino que le profesaba el regimiento, sus rápidos ascensos en la milicia, y por último, la consideración con que siempre fué distinguido por los generales bajo cuyas órdenes sirvió.

A poco tiempo fué sustituido en el mando el general Caro por el conde de Colomera: tambien este manifestó á Castaños desde luego una atención y deferencia que acababan de justificar nuestros asertos, acerca del carácter del brigadier coronel de Africa. Corría á la sazón el crudo invierno de 1794, y destinado Castaños al mando de una brigada acantonada en los Aldudes, al frente de las posiciones enemigas, cuyo jefe era el general Arispe, veíase precisado á operar entre nieve, así como lo hacían las opuestas fuerzas; pero sin que ninguno de los contendientes pudiese alcanzar ventaja en aquel estado de la atmósfera y del terreno. Castaños promovió una prudente suspensión, que fué acogida con entusiasmo por unas y otras fuerzas, las cuales cesaron de emplearse en vanos sacrificios.

La guerra se estendió todavía hasta parte del año 95, siguiendo Castaños la suerte adversa de nuestras armas: la republica consolidaba entretanto su gobierno; á despecho de la Europa. Triste había llegado á ser nuestra situación con la pérdida de Bellegarde, plaza fuerte que nuestras tropas habian sabido conservar aun en la Francia, cuando el resto de los enemigos de la republica habian sido ya desalojados: la última planta enemiga que pisó el suelo francés fué la española; y al menos recogimos ese lauro en medio de la declarada derrota en que puso la Francia á las huestes coligadas. Pero arrollado ya aquel dique que tan poderoso freno habia sido del adelanto de los enemigos por el territorio español, hubo de hacer todo el ejército la famosa retirada de Irun, en que tambien cupo su parte al brigadier Castaños. La paz de Basilea, firmada entre España y Francia el 22 de julio de 1795, correspondió, pues, al temor de ver salvado el Ebro por los enemigos, y frustadas las esperanzas concebidas al emprender aquella guerra. Las tropas volvieron á sus pacíficas posiciones, con el profundo sentimiento de haber concurrido á un hecho de que solo un favorito habia podido sacar partido, adornándose con los títulos de pacificador, mientras que á ellos solo les quedaba, como trofeo, el recuerdo de las derrotas.

Castaños habia ya dejado de ser, para entonces, coronel del regimiento de Africa, pues como premio de sus dilatados servicios prestados en aquella guerra, habiase hecho acreedor al inmediato ascenso, siendo en efecto promovido á mariscal de campo el 9 de febrero de 1795. En el mismo año fué destinado de cuartel á Madrid, donde permaneció hasta el de 1799. La política dominante habia empeñado á la España en una nueva guerra con los ingleses, cuando apenas empezaba á reponerse de los últimos descabros. El gabinete de San James, que en medio de su enemistad con la Francia, buscaba afanosamente nuestra alianza para contrarrestar poderosamente los bríos adquiridos por aquella republica, no pudo ver sin grave disgusto la decidida predisposición neutral, en cuyo pie trataba de fundarse la marcha de nuestros negocios, y que mas bien significaba una dañosa alianza con el mismo gobierno, á quien habíamos retado en 93. La Inglaterra hubo de provocar con algunas violaciones la declaración de guerra hecha por el gobierno español en octubre de 1796; declaración que siguiendo al tratado de San Ildefonso con la Francia, del mes de agosto anterior, en que se renovaba el famoso pacto de familia, de triste recuerdo para nosotros, guardaba con ella una conexión con la fatal política de amistad que tan cara habia de sernos mas adelante.

Estaba formándose una poderosa división, destinada á embarcarse para la Jamaica, Martinica y demas posesiones inglesas, á las que se trataba de atacar para distraer á los puntos mas estrechos las fuerzas del enemigo: Castaños fué llamado de Badajoz, donde se encontraba el año 1800, para ponerse al frente de esta division y conducir la por los mares á aquellas lejanas tierras, y en efecto partió á Galicia con este ánimo, donde se estaba organizando la division del que hablamos.

Pero sabedores los ingleses de tan arduo plan, y tratando de destruirlo en flor, dirigieron sobre aquella parte de nuestra Peninsula una poderosa armada, que comprometió á la division de Castaños en la defensa de sus costas; trabajo árduo que requería suma

actividad en los movimientos de nuestras tropas, atreadas de uno en otro instante á los apartados y escabrosos estremos del país. Los ingleses, hasta el número de 15,000 hombres, lograron hacer por fin un desembarco, por el mes de agosto del mismo año de 1800, en la playa de Doñinos, cerca del Ferrol, en tanto que diez navios, cuatro de ellos de tres puentes, siete fragatas, siete balandras, una escuadrilla numerosa y otros buques de transporte cubrían aquellas aguas. El ánimo de los ingleses era, no solo apoderarse del Ferrol y arruinar tal vez aquel hermoso astillero, sino invadir nuestro territorio, cuando imposibilitada la Hacienda de hacer los sacrificios necesarios en el estado deplorable que habia alcanzado, por virtud de los errores con que los ministros de aquel tiempo, pretendiendo levantar nuestro crédito, acabaron de arruinarlo; no podia sostener en campaña arriba de la mitad del cupo del ejército, que se hallaba por lo tanto reducido á esta mitad. Sin embargo, dos días y dos batallas, como dice un historiador contemporáneo, bastaron para convertir en humo la invasión británica; y después de haberse hecho en los ingleses una gran matanza, corrieron á reembarcarse, con desdoro suyo, en la noche del 26 al 27 de dicho mes de agosto, inutilizados los enormes gastos que aquella atrevida empresa les habia ocasionado.

El éxito de la heroica defensa del Ferrol, no menos que el estuerzo y prudencia del comandante de aquel departamento de marina D. Francisco Melgarejo, y al de D. Javier Negrete, comandante general del reino de Galicia, se debió á los campos volantes que protegían aquellas costas, en cuya gloria cupo gran parte al mariscal de campo D. Francisco Javier Castaños.

Terminada la guerra por la paz de Amiens, quedó disuelta la division que debia haber marchado á través de los mares; y los servicios prestados por Castaños en aquella guerra contribuyeron eficazmente en su favor, para que, al verificarse el desposito del principe de Asturias, después de Fernando VII, fuese comprendido en el número de los agraciados por la munificencia soberana; siendo en consecuencia promovido á teniente general el 5 de octubre de 1802.

Llevado en su carrera á tan considerable altura, Castaños fué nombrado comandante general del campo de Gibraltar, destino que por su correspondencia con la nación inglesa, dueña de aquella nuestra antigua plaza, há menester desempeñarse por un jefe á quien no solo distingan los títulos militares, sino los de la política y buenas dotes sociales. Castaños se captó desde luego la consideración y el afecto de sus subordinados y de las autoridades inglesas, quienes, por otra parte, á virtud de la última paz establecida, redoblaban sus atenciones cerca de las autoridades españolas, gansas de asegurar nuestra alianza por todos los medios posibles. Castaños, tanto por esta feliz predisposición de los ingleses, como por su educada distinción y fino tacto social, correspondió dignamente á las distinciones con que hubo de honrarle el mismo gobernador de la plaza, duque de Ken, padre de la actual soberana de Inglaterra.

Entre las numerosas pruebas de deferencia á que Castaños se hizo acreedor cerca de tan ilustre y elevado personaje, conocemos una, que por espresar á un tiempo mismo el prestigio alcanzado por el comandante general del Campo, y la fina oportunidad de sus chistes, estamos en el deber de consignarla en nuestras páginas. El duque de Ken tuvo la galantería de invitar á Castaños á que, como general, revistase las tropas de la guarnición: Castaños aceptó desde luego el convite, y concurriendo á caballo, vestido de gala, á la plaza de Gibraltar, revistó efectivamente aquellos regimientos, uno de los cuales estaba mandado por el principe, como simple coronel. «General, le dijo el duque, aquí mandais como si estuvierais en medio de vuestro ejército: disponed, pues, de estos batallones.—Está bien, contestó Castaños con gravedad fingida; podian desfilir todos por la puerta de tierra para que mis soldados entrasen á tomar posesion de la plaza.» Aquella inesperada y oportuna respuesta provocó la hilaridad del principe y de los jefes; y trascendiendo al punto por la poblacion, fué aplaudida justamente. El general revistó las tropas; mandólas verificar algunas evoluciones, y después concurrió al festin que el duque de Ken habia dispuesto para obsequiarle. Castaños, por su parte, correspondió á los favores que le eran dispensados, presentándose igualmente en la línea las fuerzas de su mando, para que las revistase el principe, como lo hizo; coronado esta galantería con otro festin que ofreció al duque de Ken y á todos los jefes principales de la guarnición de Gibraltar, y que tuvo lugar en el sitio llamado Puente Mallorca.

Tal era de ventajoso el estado de las relaciones de Castaños con los ingleses, al estallar nuevamente en el mes de octubre de 1804 nuestra guerra con aquella nacion, relaciones que no se enfriaron por la nueva lucha que se emprendió nuevamente, en la Inglaterra, y que sin perjuicio de los deberes de ambas partes, sirvieron de mucho en ocasiones difíciles para favorecer á nuestro ejército.

No debemos pasar en silencio el gran servicio prestado por el general Castaños en favor de los desgraciados españoles que salvando la vida en la batalla de Trafalgar, quedaron prisioneros de los ingleses; en efecto, aprovechándose siempre de sus amistosas y particulares relaciones con las autoridades de la plaza, relaciones sostenidas tambien por el interés mútuo que al ejército de Castaños producian aun en el estado de guerra los bastimentos de Gibraltar, y á los ingleses las legumbres, aves y leches del campo, trató, y logró efectivamente, rescatar á aquellos desgraciados, que libres de las prisiones en que iban á verse sumidos, tuvieron franco el pais natal para consuelo de sus desventuradas familias, que ya los habian llorado como perdidos para siempre. Este acto de generosidad por parte de la Inglaterra en favor de los prisioneros que habian sido llevados á Gibraltar con los despojos del combate, y buques que nos fueron apresados, ocasionó el mayor asombro: nadie se daba cuenta de un hecho en que se traducia una piedad poco conforme al espíritu de aquella guerra; y cuando llegó á conocerse la verdadera causa de semejante fenómeno, faltaban lenguas en España para ponderar la filantropía y el celo del comandante general del campo, pues tan solo en los corazones se hallaba la verdadera expresion de los sentimientos generales. La desconfianza surgió, empero, en el ánimo de Napoleón, al llegar á saber estos sucesos; y con la suspicacia que le era habitual, comunicó sus temores al principe para que se asegurase de la lealtad del comportamiento de Castaños, á quien tanta deferencia demostraban los ingleses. Godoy, arrastrado siempre por los instintos del emperador, manifestó al general las desconfianzas que por su parte se le habian anunciado, si bien espresándose con las consideraciones del decoro á que era acreedor, quien con tanto celo servía á su patria; pero la constatacion de Castaños fué tan espresiva como satisfactoria.

Diga V. al emperador, respondió, que pregunte á Villeneuve por qué medios ha conseguido que Gibraltar le facilite todos los auxilios de que tuvo necesidad para reponer en Cádiz los buques de su escuadra que ha podido salvar del combate.

Castaños tenia razon: Villeneuve no hubiera obtenido aquellos recursos sin su mediación; y cuando la influencia de Castaños redundaba en beneficio de todos, no habia motivo alguno para dudar de su lealtad, sino antes bien para agradecer profundamente lo que solo se debia al mérito y á las virtudes privadas del comandante general del campo de Gibraltar.

La conducta que observó Castaños en el campo de Gibraltar, considerada militarmente, es sin duda digna de elogio. Robustecer el vínculo de la disciplina con el afecto del soldado, luchando con todo género de privaciones, es un hecho plausible y difícil, y se ha considerado en todos tiempos como el privilegio del genio y el fundamento mas sólido de la gloria que alcanzan los grandes capitanes. Pero si se examina la política hábil y profunda de este general en el mismo período, la historia debe conceder un lugar distinguido á esta página de su vida.

Al ver á la España, nacion heroica en sus precedentes, y ahora humillada y oprimida de miserias por

la ineptitud de sus gobernantes, al contemplar á la Europa venida, por convulsas, y agitándose como un gigante que ha caído al suelo después de una larga lucha, y al contemplar la ambición de Bonaparte, no tendria otro limite que el de la fortuna; Castaños, dotado de un talento lino y perspicaz, temió por el porvenir de su patria, mientras los hombres que se hallaban á su frente seguan con los ojos vendados el curso triunfal del conquistador. En el caso probable de una guerra entre la Francia y la España, la Inglaterra era el aliado natural de todas las independencias vulneradas y de todos los elementos dirigidos contra el despotismo continental. De este modo Castaños, cultivando sus buenas relaciones con el gobernador de Gibraltar, sin traspasar la línea de los deberes, lograba el doble objeto muy importante; el proporcionarse recursos para sus tropas, y el de estar á la vela de un gran acontecimiento. El éxito vino pronto á realizar sus vaticinios, y entonces obtuvo Castaños el aplauso de aquellos que acostumbran juzgar á los hombres por las consecuencias de su conducta. Pero no precipitemos la marcha de esta biografía. Acabamos de recopiar el primer periodo en la vida del general Castaños. En él mostró amor al trabajo, celo por la disciplina, un valor intrépido, prudencia y sagacidad, las dos mejores dotes de mando, y un tacto esquisito para manejar los resortes mas delicados del corazón humano. Quizás los hechos que vamos á referir nos deslumbraran de pronto y nos hagan apartar la vista del hombre para no contemplar mas que su gloria; pero en la historia todo tiene una consistencia lógica, y por poco que penetre en ella el criterio, hallará en las cualidades útiles, sencillas y características de un sugeto la clave de sus hechos mas esplendentes.

SEGUNDA EPOCA.

Sus servicios en la guerra de la independencia.

Al principiar el año de 1808, la Francia habia alcanzado el último grado de su esplendor y poderío. Austria, primer campeón de aquella guerra, abrida en Marengo, y mas adelante humillada en Hoelinden, habia aceptado en Presburgo una paz vergonzosa; la Prusia, que habia desde muy temprano arrojado en medio del combate los soldados del Gran Federico, quedaba postrada en Jena, perdiendo la flor de sus tropas y la integridad de su territorio; la Rusia, pueblo el mas nuevo de Europa, y entonces en su fermentacion política, retiraba de la campaña á sus intrépidos soldados; después de haberlos visto perecer á millares en Pros-Eylau; la Inglaterra misma, devorada por su inmensa deuda, y amenazada en su principal elemento de vida, revolvía inquieta en los ojos buscando en vano sobre la superficie del continente un campo de batalla donde probar, acaso por última vez, la inconstancia de la fortuna.

En el estado de la civilizacion de la Europa, era tan inverosímil como cierta la potestad súbita y gigantesca erigida en el seno de la Francia: los cálculos mas finos en diplomacia habian resultado fallidos; los ánimos mas resueltos estaban consternados; todas las naciones, situadas desde las márgenes del Rin hasta el nacimiento del Volgo, temblaban ante la espada del conquistador. ¿Quién podia preveer entonces que la España, pobre, enflaquecida, con todos los resortes de su administracion gastados, relajadas casi todas las fibras de su constitucion, rendida al galope de las calamidades, originadas de una guerra impolítica, sin marina, casi sin ejército, sin ningún principio vigoroso en la region del gobierno, se habia de doblar contra aquel poder incontrastable y romper el lazo de hierro que oprimia el corazón de la Europa? Ciertamente, este hecho estaba fuera de todas las probabilidades, y en su magnitud solo puede asemejarse á la perfidia que se empleó en sujuagar á la nacion que ha cambiado con mas entereza y constancia las grandes dominaciones que en diferentes épocas aligeraron al mundo.

Es preciso ser español y haber vivido en la época á que nos referimos, para sentir las violentas palpitaciones de aquella sociedad, y comprender ese arranque generoso que impulsaba á las personas de todas clases, sexos y condiciones hacia un mismo centro de accion y de esperanza. La historia, en la larga escala de los siglos, no presenta un suceso comparable á este movimiento tan simultáneo y tan nacional. Años antes, la Francia habia hecho esfuerzos heroicos para defender su independencia; pero empujada por la mano sangrienta de la tiranía popular, la España, levantándose como un solo contra la mayor potestad que se conocia entonces, sin tener otro resorte que el sentimiento de su propia dignidad, era mucho mas heroica todavía.

Para el estadista que destruye bajo el poder de un guarismo las mas ricas ilusiones del corazón humano, la insurreccion gloriosa pero desorganizada de un pueblo debia disiparse pronto; para el filósofo que conoce los tesoros de valor y constancia que encierra un pais, herido en sus mas caras afecciones, y para el hombre leal que siente arder en sus venas el fuego del amor patrio, el levantamiento de España debia decidirse de la suerte de la Europa.

El general Castaños participaba de este sentimiento, y lo probó nobilmente con su conducta. Antes de que se alzaran las provincias, pero cuando ya era para pocos un misterio la perfidia de los franceses, Castaños, temiendo por la suerte del ejército que le estaba confiado, y por la conservación de Andalucía, quiso asegurar una y otra, entablando negociaciones con el gobernador del Gibraltar sir Hew-Darriple. Manifestó el inglés halarse autorizado por su gobierno para ofrecer al general español tropas, víveres y dinero, en el caso verosímil de que las circunstancias obligaran al monarca Fernando VII á separarse de su alianza con el emperador. Sobre esta última base giraron las negociaciones, mediando en ella D. Manuel Viela, vecino de Gibraltar. Por fin, después de conciliar los intereses mas capitales, y de adoptar las medidas mas adecuadas y útiles, ajustaron Castaños y Darriple un tratado, cuyas principales cláusulas fueron las siguientes:

- 1.º Que el general Castaños podría contar, en el momento que lo creyese necesario, con diez mil ingleses, quedando solamente en Gibraltar la guarnición regular.
- 2.º Que podia contar tambien con las tropas inglesas y de Sicilia, las cuales vendrian al primer aviso, y con la oportunidad conveniente; pues tenian allí preparados al efecto, los medios de transporte necesarios.
- 3.º Que se facilitarían de Gibraltar armas y dinero, y víveres con abundancia.
- 4.º Que se hallaría siempre en la bahía una fragata pronta á darse á la vela para llevar oficiales, pliegos y demas comisiones que indicase el general Castaños, tanto para algun puerto de la costa de nuestra Peninsula, como para América.
- 5.º Que el general Darriple oficiaría al almirante Collinwood para que despachase al emperador de Austria, como se verificó á su tiempo por la via de Trieste, el aviso de la heroica empresa en que se habia comprometido la nacion española.
- 6.º Y que se comunicaría un aviso igual al marqués de la Romana, disponiendo la vuelta á España del ejército que se hallaba á sus órdenes en el Norte de Europa.

El general Castaños hizo saber inmediatamente estos pactos al general La Peña, gobernador de Cádiz á la sazón, enviándole al efecto al brigadier jefe de estado mayor D. Joaquín Navarro, de quien dejamos hecho mérito; y presentándose este jefe en aquella plaza el día 29 de mayo, se decidió que ambos generales se comunicarian mutuamente sus disposiciones, y cualesquiera sucesos relativos al objeto, en tanto que, conforme á las tomadas por Castaños, se reunia en Ronda, bajo otro pretexto cualquiera, una division de seis mil hombres de tropas del campo de Gibraltar, con diez piezas de artillería de batalla para salir al encuentro de los franceses y contenerles en su invasion de las Andalucías.

Producto de estas disposiciones fué la ejecución de la idea enunciada por Castaños de que pasase sobre las costas de Cádiz la escuadra del almirante Pulvis, con sus tropas de desembarco del general Spencer, á

fin de que saltasen en tierra en el momento en que Sevilla pudiese ser auxiliado contra las divisiones francesas, puestas ya en marcha para Andalucía. Cádiz entró en desconfianza al ver la escuadra inglesa que parecia dedicarse al examen de los mejores puntos de desembarco; así fué que el marqués del Socorro, que para entonces habia tomado el mando de aquella plaza, hubo de noticiar á Castaños esta novedad; Castaños le dio las seguridades convenientes, manifestándole que si el desembarco verificaba nada tenia que temer, puesto que los ingleses no llevaban ideas hostiles.

Obrando Castaños en consonancia con este acuerdo, tomó las medidas mas conducentes para resistir la invasion francesa. Buen patrio y militar pundonoro y firme, Castaños quiso hacer ostensible su fidelidad á Fernando VII mandando que el 30 de mayo, día de San Fernando, se solemnizasen los del monarca cautivo con las salvas de artillería, disparadas por las baterías de la plaza de Gibraltar y las de los buques que habia anclados en aquel puerto.

La adhesion franca y espontánea de Castaños á la causa nacional ejerció una influencia próspera é inmediata sobre la marcha de las provincias andaluzas.

Alentada la junta de Sevilla con su cooperacion, declaró el día 6 de junio solemnemente la guerra al emperador de los franceses, en tanto que Jaen, Córdoba y Cádiz, y aun la populosa Granada, se preparaban por su parte á defender briosamente su independencia, y restablecer sobre las sienas de Fernando VII la corona desdorado en la frente de un usurpador. Mostrándose los andaluces solícitos y presurosos por acudir á la defensa de estos caros objetos; presentábase á las juntas multitud de hombres de todas clases, ofreciéndolas el sacrificio de sus vidas y fortunas, renunciando unos á los bulliciosos placeres de la juventud, y dejando otros á sus familias huérfanas y acometidas por la miseria, sin pensar aquellos y estos, inflamado el pecho por el amor á la patria, mas que en derramar su sangre, á trueque de causar daño á los orgullosos imperiales. Fácil es concebir la influencia poderosa que ejerció sobre un movimiento popular una fuerza organizada; el cuerpo de ejército que mandaba el general Castaños fué realmente el núcleo y base sobre que se fundó el sistema de defensa adoptado en Andalucía. Habia aquel general en los primeros dias de junio movido sus tropas en la direccion de la Serrania de Ronda, resuelto á plantear una defensiva fuerte al amparo de excelentes posiciones; pero encontrándose el 5 en San Roque, recibió la noticia tan honrosa como lisonjera de haber sido nombrado por la junta de Sevilla jefe superior del ejército de Andalucía. Al propio tiempo le agregó aquella corporacion á su seno, mandándole que acudiera á Sevilla para someterle el plan de la próxima campaña. Castaños, acatando esta orden, varió de direccion, marchando con sus tropas á aquella ciudad, en tanto que los franceses asomaban por las ásperas gargantas de Sierra-Morena, encaminándose con paso rápido hacia el corazón del Mediodía. Mandaba á los imperiales Dupont, general hábil y experimentado en cien combates, que habia adquirido brillantes laureles en Halle y Friedland.

Consistían sus fuerzas en la division Barbot, de infantería, en la de caballería del general Fresiac, en un batallon de marinos de la guardia, soldados enduados en las fatigas de mar y tierra; en ochocientos hombres de artillería é ingenieros y dos regimientos suizos, titulados de Preux y Reding al servicio de España, fuertes de dos mil cuatrocientas plazas, formando estos diferentes cuerpos un total de once mil infantes y dos mil cuatrocientos caballos. Las divisiones Vidé y Frere, sujetas ambas al mando en jefe de Dupont, se escalaron en Toledo y Aranjuez, cubriendo la retaguardia de este general y conservando sus comunicaciones con Madrid. Contaba tambien con recoger á su paso tres regimientos suizos acantonados á la sazón en Tarragona, Cartagena y Málaga, y que debían, siguiendo un movimiento simultáneo, dirigirse á Granada para incorporarse á las tropas francesas. Debían ademas reunirse tres ó cuatro mil soldados que operaban en las lindes portuguesas, bajo las órdenes del general D. Oubril, mientras el mariscal Moncey, á la cabeza de un cuerpo de ejército respetable, penetrando en el seno de la Peninsula, verificaba una diversion poderosa por el lado de Valencia.

Bonaparte, que no podia presumir la actividad energética que habia tomado la nacion española, postrada bajo el peso de tantas calamidades y desafueros, impuso á Dupont un plan singularmente difícil. Debía este general lanzarse al fondo del Mediodía; recorrer los vastos y fértiles territorios de Córdoba y Sevilla; adelantarse hasta las márgenes del Mediterráneo; hacerse dueño de Cádiz, y libertando á la escuadra francesa, que bajo las órdenes del almirante Rosilly estaba anclada en este puerto, darse después la mano con Moncey, comprimiendo con una marcha militar atrevida, rápida y concentrica, el violento estallido de nuestra independencia en todo el Septentrion del reino. Por mas que un cálculo sencillo y óbvio presentara los grandes peligros de arrojar en flecha una ó dos divisiones, sobre un pais rico en hombres, en recursos y en patriotismo, separado de Madrid por una gigantesca cordillera, y rodeado por un mar accesible á los ingleses, desde que se empezase nuestra guerra con el moderno imperio; por mas que existieran en Andalucía los dos grandes núcleos de nuestra organizacion militar, consistentes en los cuerpos de ejército del campo de San Roque y Cádiz; por mas que algunas de nuestras plazas marítimas fuesen susceptibles de una defensa brillante y fortada, Napoleón se obstinó en su propósito, queriendo, como en otras muchas ocasiones, hacer prevalecer sus deseos sobre las grandes reglas del arte y de la prudencia humana. ¡Error grave, debido á ese hombre que recibió el título de grande de manos de la fortuna! Si recogiendo este hecho y otros parecidos, la posteridad libre de nuestras pasiones, se acerca un día á su tumba, acaso arrancará mas de una hoja á su corona de conquistador, y no se atreverá á concederle ese brillante génilo político que oscureció con una ambición utópica, y al fin desdoperada. Pero volvamos á tomar el hilo en los sucesos de Andalucía.

Dupont admitió la arriesgada mision que le encargó Bonaparte, con todo el entusiasmo de un soldado arduo, intrépido y desvanecido por la victoria; juzgaba que todos los obstáculos caerian ante el poder de sus armas, y que nadie se atreveria á hacer frente á aquellas legiones que bajo sus órdenes habian triunfado en las márgenes del Rin, del Vistula y del Oder. Para dominar la bella y poética Andalucía, el helicozo ardor de sus hijos, la influencia de sus grandes tradiciones y sus numerosos recursos materiales, solo tendria que hacer un paso conquistador (1) y recibir después, dentro del recinto de Cádiz, el baston de mariscal del imperio.

Sus primeras operaciones fueron fáciles y propias á lisonjear este pensamiento atrevido. Dupont salió de Madrid el día 23 de mayo, através de la Mancha sin dificultad alguna, y llegó el 2 de junio ante la formidable garganta de Despeñaperros. Esperaba el francés abrir este paso con la punta de su espada ó franquearlo á cañonazos; mas experimentó viva satisfacion al saber que no existían obstáculos capaces de detener su marcha. La junta de Córdoba, ora por olvido, ora, y es lo mas probable, por falta de tiempo y recursos, no habia llegado á guarnecer este punto importante, y dejaba á merced de los imperiales ese formidable desfiladero que, á manera de colosal escudo, habia puesto la Providencia para defensa de la Andalucía.

A pesar de la facilidad con que penetró Dupont en Sierra-Morena, embebió á comprender que el espíritu de la provincia le iba siendo hostil mas de día en día, pues los habitantes de la Carolina huyeron á su aproximacion, dejando sus casas y enseres abandonados á la rapacidad de los invasores. Impelido por estos indicios, aceleró el francés su paso, penetrando el día

(1) Dupont empleaba esta frase para denotar la poca importancia que daba á la campaña de Andalucía. Napoleón, que le habia colmado de distinciones por sus brillantes hechos de armas, le habia prometido conferirle el grado de mariscal tan luego como entrase en Cádiz. Tanto el emperador como el general, reputaban esto muy asequible y obra de bien pocos dias.

3 en Bailen y el 4 en Andújar. Aqui las sospechas y recelos tomaron cuerpo y consistencia, convirtiéndose en un hecho una realidad imponente. Supo Dupont que Sevilla, Córdoba, Jaen, Granada y Cádiz se habian levantado, apellidando guerra contra el pèrdido extranjero que ultrajaba la nobleza de nuestro carácter nacional; que de todas partes se allegaban á los puntos céntricos, hombres, armas y vituallas; que en las cabanas, medio ocultas entre las nieves de las Alpujarras, como las fértiles llanuras que riegan las aguas del Genil, en las floridas márgenes del Guadalquivir, y en el fondo de las grandes poblaciones, resonaban igualmente cantones marciales y gritos de execracion contra los imperiales; que los regimientos adheridos á la causa española; que Portugal y Estremadura, donde habia brotado tambien la guerra, imitaban el paso al refuerzo de D'Oubril, y que la llama de la revolucion, estendiéndose, podia llegar á envolverle, cerrándole el camino de la capital. Pero el presuntuoso Dupont no se arredró con estas noticias: «él, que al decir de un escritor francés contemporáneo (1) habia encontrado tantas veces á los ejércitos austríacos, prusianos y rusos, y los habia batido siempre, á pesar de la desproporcion de sus tropas, no podia atemorizarse ante las fuerzas electivas que iban á combatirle.» Sin embargo, creyendo amenazada su retaguardia, escribió á Madrid, pidiendo que se le aproximaran las divisiones Vedel y Prere, á fin de poder basar sobre cimiento mas sólido sus operaciones sucesivas.

La posición de Dupont en Andújar era ya muy árdua y delicada. Permaneciendo en este punto perdía la ofensiva, y con ella la fuerza moral, fuerza primera é inapreciable en una guerra como esta, en que las armas eran solo auxiliares de una opinion omnipotente, y se osonía á ver consumirse sus tropas en la inacción y la miseria, bloqueadas por los españoles. Marchando adelante, se destacaba cada vez mas de toda base sólida de operaciones, se alejaba de sus refuerzos, y se encontraba aislado en el fondo de un pais decididamente adverso. En la alternativa, optó el general francés por el último partido, y prosiguiendo su marcha, llegó el día 5 á Aldea del Río, el 6 al Carpio, y el 7, enderezando sus pasos hacia el Guadalquivir, se encontró al rayar el alba cerca del puente de Alcolea. Trataron de disputar este paso algunos millares de españoles, gente coleccionada en mas, nuevos en la vida práctica de las armas, y que en alas de su entusiasmo habian volado al sitio del peligro, acudidos por D. Agustín Echegaray. Acometieron los franceses las obras avanzadas y la cabeza del puente con su impetuosidad ordinaria; hicieron firme rostro algunos cuerpos de linea española; mas los paisanos cejaron pronto, y no siendo posible mantener la posesion sin su auxilio, se emprendió la retirada hacia Sevilla, con órden y concierto admirable en tropas tan novales. Los imperiales, engorullados con su fácil triunfo, y mas codiciosos de botin que de gloria, marcharon aceleradamente hacia la infensa y opulenta Córdoba, á la joya de los califas y la delicia de los árabes.

Bajo el pretexto indigno de que se habian disparado algunos tiros desde las casas, estos extranjeros feroces, hijos de una nacion civilizada y que decian haber venido para operar nuestra regeneracion política, penetraron á viva fuerza en la ciudad, y cometieron actos de crueldad y barbarie, de que solo se hubiese creído susceptible á una tribu de tartaros, acudida por Timur Bek. Soldados ebrios de furor y de vino, entraron, hiriendo y atropellando á cuantas personas encontraban al paso, y mostrándose tan coléricos como cruels, saquearon las casas particulares y los establecimientos públicos, sin respetar el sagrado de los templos, ni el humilde albergue en que el pobre tenia los precarios frutos de su trabajo. Para completar este cuadro desolador y terrible, el general francés entró á los infelices cordobeses, bajo el título de gratificaciones al ejército, sumas muy considerables. Alentado por estos sucesos, y creyendo consternados á los españoles con la derrota de Alcolea y la toma de Córdoba, envió exploradores hasta Ecija, resuelto á seguir adelante; mas retrájole la noticia de estarse organizando, cerca de Sevilla, un cuerpo de ejército imponente, capaz de ceñirle la espalda, y separándole para siempre de las cimas de Sierra-Morena, sumergirle en las vertientes del Guadalquivir. Era tan real este peligro, que el general francés, á pesar de su orgullosa audacia, no se atrevió á sostenerse en la aventurada posicion de Córdoba; y recogiendo su gente, se replegó el 18 sobre Andújar. Tenia este punto todos los inconvenientes de la defensiva, sin mas ventaja estratégica que la de mandar en la orilla derecha del Guadalquivir; pero estaba todavía muy cerca de nuestro ejército para que este le hiciera sentir la garra del leon, y se hallaba bastante separado de Despeñaperros para que la insurreccion, como el brazo de un gigante, se interpusiese entre él y sus refuerzos y le dejasen por algun tiempo aislado. Fijo Dupont en Andújar, esperó apercibidos los acontecimientos, presintiendo quizás rota en parte la venda que cubria sus ojos, que un pueblo grande en su historia es invencible en las ocasiones supremas, y que el ejército español, descendiente de los heroes tercios que combataron en San Quintin y Cérnida, haria un gran esfuerzo para reconquistar sus antiguas y esplendentes glorias.

Mientras el ejército francés verificaba su rápido movimiento hacia el interior de Andalucía, el general Castaños redoblaba su actividad y celo, á fin de con certar y vigorizar los elementos de resistencia. Esta general, hábil y profundo político, habia reputado la guerra como un corolario inflexible del falso y alevé proceder de Bonaparte. Guiado por esta conviccion, y queriendo como buen patrio arrojar en la balanza de la fortuna un brazo respetable del ejército, propuso al lugar-teniente del emperador, Murat, que se replegaran sobre el fondo de la Andalucía las tropas españolas, procedentes de Portugal, para imponer á los ingleses en el caso probable de que intentaran penetrar en alguno de nuestros puertos del Mediterráneo. Aunque perspicaz y astuto, cayó el francés en el lazo, y las fuerzas españolas, que pocos meses antes habian salido de sus depósitos para invadir el Portugal, refluyeron ahora sobre su punto de partida. Parte de ellas acudieron á la defensa del puente de Alcolea, donde dieron muestras de bizarría, cediendo, no tanto al número de enemigos, cuanto al desconcierto de los jefes y extraña combinacion de las fuerzas regulares é irregulares.

Conociendo Castaños que la vehemencia del entusiasmo, capaz de mover los resortes mas íntimos de nuestro ser político, podia precipitar al ejército en combates inconsiderados, trató de hacerse superior á las pasiones del momento y establecer sobre base sólida la serie de sus operaciones. Esta conducta, llena de dignidad y fortaleza, influyó poderosamente en el éxito de la campaña.

El pueblo de Carmona, colocado en un estremo de la linea, no ofrecia ventaja alguna, estrategia para tomar la ofensiva, ni mucho menos tenia, en caso de revés, condiciones favorables para rehacer el ejército. Decidióse, pues, á salir de este punto, dejando suficientemente guarnecido; y aunque los espíritus ignorantes se alarmaron, atribuyendo á debilidad un movimiento retrógrado, Castaños mantuvo su resolucion, de acuerdo con el presidente Saavedra, y trasladó á Utrera su cuartel general, dejando en Carmona 4500 veteranos bajo las órdenes del brigadier marqués de Coupigni, emigrado francés, soldado intrépido y oficial hábil y fecundo en recursos. Instalóse el cuartel general en Utrera el día 12, y principió á dirigirse sobre este punto los contingentes de los diversos pueblos, compuestos de jóvenes completamente extraños al terrible ejercicio de la guerra; y que acudian ahora al llamamiento de la patria, radiante el rostro de alegría y lleno el corazón de denodado.

Ocurrió á la sazón un suceso preciso, pero de mucha importancia en el porvenir de la guerra. La escuadra francesa, surta en el puerto de Cádiz bajo las órdenes del almirante Rosilly, habia tratado de evadirse, ora bajo la garantía de un tratado, ora subrepti-

(1) Thiers.—Historia del consulado y del imperio.

tiamente y al amparo de los vientos; pero el puercito clamó por que se obligara á rendirse á los perfiles imperiales; y si bien Rosilly, celoso de su honra militar, sostuvo un combate mas prolongado que sanamente, hubo al cabo de amañar su pabellón, entregando sus naves y constituyéndose prisionero con la tripulación, fuerte de cinco mil marinos probados en Trafalgar.

Reina en el cuartel general de Utrera una actividad prodigiosa. Todos los dias, á todas horas llegan jóvenes que pedian como un favor señalado armas con que defender la escarnecida patria, ofreciendo en compensación el sacrificio de sus vidas; y el número de estos ardientes voluntarios era tan considerable, que despues de llenar todos los cuadros se despatcharon muchos á sus casas: las ciudades y los pueblos inmediatos rivalizaban en celo y adhesión: Sevilla formó cinco batallones con sus propios hijos; Cádiz creó otro de tiradores quetelégó á alcanzar inmarcesibles lauros; Osuna, Utrera, Jerez, Carmona levantaron á sus expensas cuerpos de caballería y de infantería. Afluyen los recursos al propio tiempo que los hombres; la avaricia no puede existir en estos instantes de espansion patriótica y las manos mas económicas, lejos de recatar los caudales, los apremiaban en el concurso de las necesidades mas apremiantes; los víveres seguían el curso del dinero, y en el cuartel general de Utrera dominaba la abundancia, el júbilo y una actividad sin límites.

Digna de alto y singular elogio es la conducta de Castaños en estas circunstancias. El era el móvil de la actividad que se reinaba en el cuartel de Utrera. Concretando con un pensamiento vasto y poderoso los decretados pormenores de la organización de un ejército, Castaños disponía la constitución de los nuevos cuerpos; presidia á sus ejercicios; estimulaba el celo de los subalternos con dulce atractivo de la gloria; mostrábase áfable con los soldados noveles; y les afirmaba en la carrera del honor que había emprendido, captándose de este modo su afecto: hablabá á todos y en todas partes un lenguaje lleno de confianza respecto al porvenir de la guerra, y lográba infundirle en el espíritu de los demas. Bajo la influencia de este ejemplo, habia el mismo noble ardor en el mando que en la obediencia; las tropas veteranas y los soldados bisoños sobrotaban ocho horas diarias de ejercicio, no solo sin murmurar ni quejarse, si que tambien con semblante alegre y animoso, olvidando por la noche en el fondo de sus alojamientos, y el compas de algunos aires marciales, las fatigas del día pasado y las que ocurrirían al día siguiente. Proveyóse igualmente al equipo de los cuerpos, si bien por la premura hubo de resultar este un tanto defectuoso; el vestuario completo de un soldado se dividía entre dos: el uno usaba los calzones, casaca y sombrero; el otro los pantalones, chaqueta y gorra de cuartel; de un correa se hacían tambien dos; uno llevaba la bayoneta en la cartuchera, el otro el porta-bayoneta; no alcanzando á todos las cartucheras y cananas que de pronto se pudieron hacer, se supieron estas con sacos de lienzo. Por lo demas, el armamento era bueno y sólido; habia bastantes fusiles, y elaborábase la pólvora, aunque difícilmente, en suficiente cantidad; la soberbia fábrica de fundición de Cádiz podía servir de cañones.

La energía y talento del general en jefe, la inteligencia de los oficiales y el buen sentido de las tropas, habian producido un hecho bien extraordinario. En quince dias, á contar desde el 12 de junio hasta el 27 del mismo, se habia organizado y puesto en pie de guerra, casi bajo el cañon del enemigo, un ejército compuesto en sus dos terceras partes de reclutas. En la organización mostró el general Castaños un tacto exquisito y un profundo conocimiento de las circunstancias dominantes, logrando conciliar dos grandes pero difíciles condiciones; dar á los cuerpos la fuerza suficiente para que el valor de la asociación sostuviera en los trance fuertes el entusiasmo irreflexivo de las tropas noveles, y dotarles de mucha movilidad para que verificasen con rapidez sus movimientos en presencia de un enemigo tan activo como arrojado.

Ya para el 20 de junio habia logrado Castaños organizar su ejército; extraordinario esfuerzo de actividad que es fácil apreciar al lector, considerando que el 5 del mismo mes se encontraba aun en Algeciras, con la órden de marchar á tomar el mando de unas tropas que no eran mas que simples y lastimosos fragmentos: fué, pues, aquel dispuesto en tres divisiones, nombradas Primera, Segunda y de Reserva, subdivididas en cinco partes, á saber: 1.ª Vanguardia, al mando del brigadier marqués de Coupigny; 2.ª Cuerpo avanzado de tropas ligeras, á las órdenes del brigadier D. Francisco Javier de Venegas; 3.ª Primera division, á las del mariscal de campo D. Narciso de Pedro; 4.ª Segunda division, á las del de igual clase D. Félix Jones; 5.ª Reserva, al mando del teniente general D. Manuel de la Peña.

La organización de este ejército exigió la de una plana mayor para la expedición de los negocios; y en efecto, subdividiéndola en los diferentes ramos de que aquel constaba, fueron nombrados y dados á conocer en la misma órden del día 20 de junio para el desempeño de sus respectivos cargos los individuos siguientes:

Comandante general de artillería, el mariscal de campo marqués de Medina; de ingenieros, el coronel D. Bernardino Loza; ayudante general de infantería, el coronel D. Pedro Agustín Giron; de caballería, el coronel D. Andrés Mendoza; de artillería, coronel D. Juan de Aniada; ingenieros, teniente coronel don Juan de Boulogne; cuartel maestro y ayudante general de este ramo, coronel D. Joaquín Navarro. Cada uno de estos jefes debia elegir los competentes ayudantes para el despacho de sus oficinas respectivas. El mariscal de campo D. Antonio Gregorio fué dado á reconocer como general comandante en Sevilla, donde debia permanecer tambien el marqués de Medina; y en Utrera, para la reunion de reemplazos y remesas al ejército, D. Carlos de Gand y D. Adrian Valcárcel. Para la secretaria y despacho de los varios ramos que el general en jefe habia puesto al cuidado del mariscal de campo D. Tomás Moreno, fueron elegidos los subalternos de Cantabria y Córdoba D. Ramon Gaba y D. Carlos Muedra. Cada general de division debia nombrar un oficial con el título de mayor general de la misma, quien se encargaria del detall, entendiéndose directamente con los ayudantes generales de infantería y caballería, á quienes debian remitir todo lo concerniente á su ramo.

Teniendo ya el general Castaños un ejército valiente y decidido; y contando con el sufragio de la opinion pública, y estando investido de las mas amplias facultades por la junta de Sevilla, solo le restaba adoptar un hábil plan de campaña que fertilizara estas felices disposiciones. El que se habia seguido mientras se organizaba el ejército era sencillo, pero prudente y sólido, y el mas acomodado á las circunstancias. Consistia este en considerar á la isla de Leon como la base de las operaciones; en plantear un juicioso sistema de defensa al apoyo de las excelentes posiciones que ofrece el terreno de los Azores, para el caso probable de que los imperiales hiciesen un movimiento progresivo, y en el destinar algunas fuerzas de caballería veterana y partidas sueltas de paisanaje para que divirtiesen al enemigo é interceptaran sus comunicaciones. Pero ahora que se trataba de tomar la ofensiva, el plan debia ser mas estenso y fecundo en resultados positivos.

Reuniórase al efecto en casa del general en jefe el día 25 de junio, el presidente de la junta, los jefes y oficiales del E. M., y deliberaron con gran suma de circunspeccion sobre las dificultades que ofrecia la campaña. Dupont, incorporándose á sus refuerzos, podía reunir un total de veinte y tantos millombres, tropa brava y aguerreda. El ejército de Sevilla, aun engrosándose con el que se adelantaba de Granada, bajo las órdenes de los generales Escalante y Reding, podía constar á lo sumo de treinta mil soldados, los mas sin foguero y recién iniciados en el arte de la guerra. Nuestra caballería, compuesta de dos mil quinientos ginetes, era igual en número á la francesa; terror hasta entonces de los rusos, de los austriacos y de los prusianos. Abordar al enemigo de frente, precipitarse sobre él con encarnizamiento, era espo-

ner demasiado al capricho de la fortuna la suerte de la parte mas hermosa del reino. Castaños y el presidente Saavedra, valorando debidamente estas consideraciones, convinieron en que, si bien era necesario emprender desde luego las operaciones, porque el tiempo tenia un valor infinito, debia procederse con cautela practicando movimientos simultáneos y concéntricos, acosando al enemigo por todos los flancos, arrojando fuerzas sobre su flanco y retaguardia, y esforzándose por interceptarle los socorros y refuerzos que esperaba. Si Dupont permanecía en su avanzada y peligrosa posición de Córdoba, debia un cuerpo de ejército español lanzarse audazmente sobre su retaguardia y romper su comunicacion con las divisiones Vedell y Dufour, que habia reemplazado á la de Freyre, empujándole vigorosamente hacia la orilla del Guadalquivir y hacerle pedazos, ó bien en el caso de que toda la combinacion no se realizara, precipitarle en las gargantas de la sierra, donde pereciera miserabilmente, victima de las hostilidades, de las fatigas y del clima.

El falso y precipitado movimiento de Dupont sobre Andújar, sirvió para modificar este plan; pero no alteró profundamente la fisonomía de la campaña. Habia emprendido el general francés esta operacion aventurada, dejando en Córdoba ochocientos heridos, á saber que las tropas de Utrera se habian puesto en marcha, y temeroso de que una division inglesa viniese á combatirle por su frente.

Mas serios temores podia infundir á Dupont la marcha de las tropas españolas. El infatigable Castaños y la celosa junta de Sevilla habian venido todas las dificultades que existían en órden á subsistencias, equipos y conduccion de trenes, y aquel ejército, formado como el de César en las Galias, por un prodigio de la voluntad, se hallaba dispuesto á emprender operaciones contra su arrogante enemigo. Sabedor que Dupont habia evacuado á Córdoba, Castaños dirigió á esta ciudad en la noche del 29 de junio acompañado de algunos edecanes, habiéndole precedido en la tarde del mismo día el cuerpo avanzado del brigadier D. Francisco Venegas, compuesto de mil novecientos noveles infantes y doscientos diez y seis caballos: tenia por objeto en su viaje el general en jefe reconocer bien las disposiciones; inquirir del modo mas luminoso las que tenia el enemigo, y tomar las medidas mas con luentes al movimiento que debian empezar las tropas españolas el 1.º de julio.

Partió en efecto en este día la primera division de Utrera, cuyos habitantes, impelidos por el mas acendrado entusiasmo, la acompañaron largo trecho comulgándola de bendiciones, mientras que en la magestuosa catedral de Sevilla y en todas las iglesias y conventos se elevaban precos al Dios de los ejércitos, pidiéndole que sostuviera con su mano omnipotencia la causa de nuestra independencia solidaria con la causa de la divinidad.

La primera division, conducida por el marqués de Coupigny, fuerte de dos mil ochocientos veinte y ocho infantes y ochocientos caballos, salió poco antes de media noche. La segunda division, bajo las órdenes del mariscal de campo D. Narciso de Pedro, compuesta de cuatro mil cuatrocientos infantes y cuatrocientos veinte y seis ginetes, se puso en marcha el día 2; y la tercera, dirigida por el mariscal de campo D. Félix Jones, que constaba de cuatro mil seiscientos noventa y uno de los primeros y quinientos de los segundos, emprendió su movimiento en la noche de ese mismo día. Por último, la reserva, con once mil doscientas setenta y siete plazas, de las cuales seiscientos ochenta eran de caballería, bajo el mando del teniente general D. Manuel de la Peña, siguió el 4 el impulso de los demas cuerpos, cerrando la retaguardia.

Constaba, pues, el ejército de veinte y seis mil cuatrocientos tres plazas, en que se incluan dos mil seiscientos treinta y dos ginetes. El tren pasaba de sesenta cañones de campaña, servidos por tres compañías de artillería volante; las acémilas llegaban á quinientas, ciento diez repartidas en los cuerpos, á razon de cinco ó seis por cada uno para sus menajes, ciento para la artillería en brigadas, y cien carros para la real Hacienda y provisiones.

Dos líneas podian llevar nuestras tropas al encuentro del enemigo. La primera casi recta era la del camino real de Francia, fácil, cómoda y bastante despejada. Siguiendo esta linea el cuerpo del ejército español iba á caer sobre el frente de los imperiales, y dejaba á estos una retirada segura por la espalda de sus posiciones. Ademas era la linea mas probable la que habia seguido Dupont, y en la cual podria temerse que hubiera dejado algunos confidentes. La segunda forma casi un arco de circulo, pasa por los pueblos situados á la derecha de la carretera, y manda por la izquierda al ameno valle del Guadalquivir. Siguiendo esta linea podian desembarcar nuestras tropas sobre el frente ó sobre los flancos del enemigo, pasar el Guadalquivir, vadeable entonces, por el punto mas á propósito, interponerse entre Dupont y los socorros que esperaba, y acconcharle sobre el cuerpo de la sierra, en cuyo terreno su infantería habia de maniobrar muy difícilmente y quedar inutilizados su excelente caballería y su tren de batir. El hábil Castaños no vaciló en la eleccion de estas líneas; prefirió la segunda, y el éxito vino á demostrar la justicia y fundamento de esta preferencia.

Las divisiones empezaron á practicar movimientos convencionales, disponiéndolos de modo que dieran la mano á las tropas, que á marchas forzadas se adelantaban desde las hermosas vegas por donde arrastran sus aguas el susurrante Jemil y el río y modesto Darro.

En tanto que el ejército español amenazaba de lejos á los imperiales, vivían estos desasosados y alerta. Divididos poderosamente su atencion nuestras tropas irregulares, que voltejaban incessantemente alrededor de sus alas, le interceptaban los víveres, obstruían sus comunicaciones, se apoderaban de los rezagados, de los convoyes, y aun de puntos importantes. Bella fué la accion del teniente coronel don Juan Cruz Mourgeon. El 27 de junio, á la cabeza de setecientos hombres tan decididos como él, se arrojó intrépidamente sobre el pueblo de Arjonilla, acometió á los franceses que, en número superior, le defendian, y despues de un vivo combate, los lanzó de este punto, uno de los principales en que se apoyaba nuestra linea de operaciones. En estas correrías, escaramuzas y rebatos, sobresalian alguna vez, sobre el hermoso fondo del carácter nacional, las pasiones del momento, y los españoles se dejaban arrebatrar de una ira bien concebible y fundamentada. Los extranjeros, por su parte, empleaban compensaciones horribles. El capitán Baste, nombre execrable en los fastos de nuestra historia contemporánea, penetró en Jaen á la cabeza de un batallón de marcos, y dando rienda suelta á las pasiones del soldado, permitió que se perpetraran cuantos crímenes puede producir el abuso de la victoria. Estos hechos odiosos ejercían grande influjo sobre la moral de las tropas españolas; los corazones menos sensibles al honor, palpítaban bajo el sentimiento de la venganza; y aunque en los cuerpos reglados y numerosos, el valor individual suele ser poco brillante y sólido, en el ejército de Andalucía puede asegurarse que no habia un solo hombre capaz de rehusar el sacrificio de su vida, á trueque de ofender á los imperiales en lo mas intimo de su reputacion, y de arrebatárles sus inmarcesibles lauros.

Bajo estos auspicios, continuaron su marcha los diferentes cuerpos del ejército. La vanguardia siguió su movimiento hacia Córdoba, por el camino real; el cuartel general y la primera division se dirigieron al mismo punto, pasando por el Arthal, Fuentes de la Campana y Ecija; la segunda division se adelantó hasta Montoro, tocando en Osuna, Puente de Don Gonzalo y Castro del Río, y la reserva partiendo, como hemos dicho, de Utrera el día 3, avanzó hacia Córdoba, apoyando su movimiento en Ecija.

El general Castaños, haciendo marchar sus tropas por escalones, engañaba al enemigo sobre su verdadera intención, é impedía que el francés, decidiéndose á salir de su difícil posición por un gran golpe de audacia, viniera á arrojarle sobre sus brazos, con la masa de sus fuerzas, antes que las españolas hubiesen podido tomar posiciones sólidas sobre la margen izquierda del Guadalquivir, base inmediata de operaciones. Ademas, con este movimiento sucesivo y con-

vergente de nuestros cuerpos, se facilitaba la adquisicion de víveres; se removían los grandes obstáculos ajenos á la marcha simultánea de todas las fuerzas de un ejército, y se prolongaba desinteresadamente nuestra linea hasta enlazarla con la que traía el ejército granadino. Había salido este de Granada el día 3 de julio; habia traspuesto las faldas cordobesas, y avanzaba rápidamente, siguiendo las vertientes del Guadalquivir. Constaba de la division de Reding, fuerte de seis mil hombres, tropa lucida, bien disciplinada y equipada, y obedecía las superiores órdenes de D. Ventura Escalante, quien como capitán general de aquella provincia, ejercía el mando en jefe, llevando á su lado y en calidad de segundo á D. Teodoro Reding. Incorporábase en Porcuna, á donde con las tropas sevillanas, pasó Castaños, que se hallaba á la sazón en Bujalance. Confirieron ambos jefes sobre la necesidad de dar á las fuerzas reunidas una organizacion fuerte y poderosa, suficiente á repeler el rudo choque de un enemigo impetuoso, y fundándose en estas bases, acordaron distribuir el ejército en cuatro divisiones. Quedaron distribuídas las órdenes de D. Teodoro Reding, suizo intrépido, inteligente y de un afecto sin límites hacia su patria adoptiva. Mandaba la segunda el marqués de Coupigny, oficial experimentado en los campos de batalla, de espíritu vivo y penetrante, y de ánimo inflexible en los trance adversos; el mariscal de campo D. Félix Jones, sugeto dotado de una capacidad militar reconocida, y de un valor tranquilo y acreditado, dirigia la tercera division, y á la cabeza de la cuarta ó reserva estaba el teniente general don Manuel de la Peña, táctico bastante hábil. El esforzado coronel Cruz Mourgeon mandaba un cuerpo volante, y el intrépido conde de Valdecabras, digno descendiente del que peleó en los campos de Villaviciosa, fué declarado comandante de un cuerpo de voluntarios.

Dispuesta así la organizacion definitiva del ejército, era preciso establecer en el plan de campaña las modificaciones mas análogas á las circunstancias dominantes. Reuniórase al efecto los jefes de superior graduacion, y despues de emitir cada uno su dictamen, prevaleció el del general en jefe, que giraba sobre estos puntos cardinales: 1.ª Atacar desde luego al enemigo, que permanecía en Andújar, dispuesto, al parecer, á recibir la batalla. 2.ª Maniobrar sobre sus flancos con tal celeridad y destreza, que las tropas españolas lograsen interponerse entre Dupont y sus socorros, cortándole al propio tiempo la retirada y dejándole acconchado sobre la orilla derecha del río. Para obtener este doble resultado, la primera y segunda division debian pasar el río en escalones y dirigirse á Bailén, mientras que la tercera y reserva amagaban un ataque por el frente de los imperiales, y un destacamento ligero, pasando el río por el puente de Marmolejo, se situaba á la espalda del enemigo, cerrando los pasos de la sierra. 3.ª Luego que se verificaran estos movimientos preparatorios, la primera y segunda division debian marchar de frente á Andújar para acometer el flanco izquierdo de Dupont, mientras que la tercera y reserva simulaban por el puente de Andújar otro ataque de frente, y alterando la atencion del francés, atravesaban el río por la izquierda y se arrojaban sobre su ala derecha, procurando desbordarla y envolverla. Por último, y en tanto que se practicaban estas operaciones importantes, algunas tropas ligeras, acudidas por el coronel Valdecabras, habian de dirigirse por el camino real de Madrid hacia Guarraman, para batir la campaña, interceptar las comunicaciones y aumentar las dificultades del enemigo.

Tales fueron las bases definitivas sobre que se fundó la serie de operaciones que tuvieron por consecuencia y término la batalla de Bañen. Pero no bastaba, sin duda, haber consultado en esta parte los principios y fueros de la estrategia y las consideraciones locales; era ademas preciso que una voluntad enérgica y poderosa imprimiera un impulso simultáneo á todos los medios de accion; que un momento de debilidad no hiciera inútil la combinacion proyectada; que el ingenio, la naturaleza y la fortuna obraran de concierto para lograr el anhelado fin, y sobre todo que se comprendiera y empleara bien el valor del tiempo, cuya pérdida irrecuperable siempre, no puede apreciarse por el cálculo humano en las ocasiones decisivas. El sentimiento popular, tan vehementemente como era, empezaba ya á irritarse, atribuyéndose á estudiada lentitud en las operaciones lo que solo era efecto de la prudencia; el ardor belicoso de las tropas, sostenido por el gran resorte del entusiasmo, podia infundir las mas lisonjeras esperanzas; corroborábanse la falsa situacion de los imperiales en Andújar, y la necesidad de oponerse á sus socorros y de ocupar el verdadero punto estratégico de la linea, hacian considerar la batalla como inmediatamente indispensable. Castaños apreció bien la fuerza de estas condiciones, y siguiendo la máxima militar de uno de nuestros mayores capitanes: «Que tanto se espone á ser derrotado el general que precipita sus preparativos como el que vacila teniendo ya resuelto el combate», dictó sus disposiciones para provocar ese acontecimiento inmenso, incomprensible en su concepcion para el espíritu atribulado de la Europa; pero que realizado ya tuvo un eco fuerte y profundo en el corazón de todos los pueblos humillados por aquel hombre que se habia apoderado, con igual fortuna, de la espada de Carlos Martel y de la corona de Albuino y Teodorico.

BATALLA DE BAILEN. Antes de describir esta batalla y las maniobras de las tropas españolas es preciso retroceder con el pensamiento para tomar el hilo de la narracion en lo que concierne á las operaciones del ejército francés.

Hemos dicho que Dupont habia llegado á Andújar el día 18 de junio. Queriendo hacer en lo posible sólida esta posición el general francés, dispuso sus fuerzas de modo que impidieran un ataque brusco de las españolas, dificultando su acceso sobre la orilla derecha del Guadalquivir. En armonia con este pensamiento, colocó en Andújar los marinos de la guardia, tropas aguerredas y de toda su confianza; mandó construir una cabeza de puente, sobre el que domina al río cerca de la ciudad, y dispuso que guardase una torre inmediata un cuerpo de tropas escogidas; reconoció los vados del río, y en los esenciales hizo levantar las baterías. La vanguardia se situó sobre las alturas que dominan la orilla izquierda del río, y un batallon en un molino distante una legua de Andújar y próximo á Villanueva. La guardia de París y la tercera legion de reserva acamparon un poco delante de la cabeza del puente, y la cuarta legion y el tercer batallon del cuarto regimiento suizo se establecieron en segunda linea, un poco detrás de Andújar. La division Rouger, compuesta de los dos regimientos suizos españoles, sostenia la izquierda de la linea, y la caballería, colocada un poco mas lejos, en el llano, observaba el pais hasta el pie de las montañas de Sierra Morena.

Aunque estas disposiciones fuesen bastante cuerdas, no mejoraban realmente la situacion del general francés. Las desventajas ajenas á su establecimiento en Andújar, subsistian siempre, y quedaba estéril en consecuencias, el pensamiento que le habia inducido á abandonar á Córdoba con tanta precipitacion.

Distando Andújar cuatro leguas de Bailén (1), Dupont dejaba descubierta su espalda, y los desfiladeros abiertos á los activos españoles, que no tardarian en aprovecharse de esta feliz coyuntura. Por otra parte, le era imposible vigilar el camino de travesía que desde Baeza va á desembocar entre la Carolina y Guarraman, so pena de debilitar su linea, prolongándola indebidamente. De este modo Dupont, aferrándose en la posición de Andújar, se espone á

ser combatido por la retaguardia y flaqueado por su costado izquierdo.

Viva era la inquietud del francés, que volvia sin cesar el pensamiento y la vista hacia los dos puntos mas vulnerables de su linea, Bailén y la barca de Mengibar; pero que permanecía en Andújar, encadenado por órdenes superiores y por un falso pundonor. Mas renació su confianza cuando sintió que se le acercaban los prometidos ausilios. En efecto, el estado mayor imperial, que desde Madrid dirigia los movimientos de los ejércitos franceses en la Península, habia dispuesto que la division Vedel, fuerte de siete mil hombres, se dirigiera inmediatamente al socorro de Dupont, y que la division Gobert se acantonara en Madrilejos, pronta á seguir, en caso de necesidad, el mismo movimiento progresivo. Vedel se adelantó rápidamente hasta la Carolina, franqueó á cañonazo el paso de Despenaperros, y dejando en este punto algunas tropas para conservar sus comunicaciones con Madrid y la Mancha, llegó á Bailén el 29 de junio. Fijo Vedel en este punto, y obrando de concierto con Dupont, podia cubrir las faldas de Sierra Morena; pero quedaba entre los dos cuerpos franceses un espacio de cuatro leguas, mal protegido por el Guadalquivir, vadeable entonces, como hemos dicho, por diferentes sitios, y suficiente para que las tropas españolas, maniobrando con rapidez y sigilo, se interpusieran entre las divisiones imperiales y las dejasen aisladas. Un movimiento vigoroso de Dupont ó Vedel podia vencer este peligro; pero resultaban de aquel otro riesgo de mas importancia, porque si Dupont retrocedía, contraviniendo á las órdenes del emperador y destruyendo la moral de sus tropas, se espone á ser batido en su marcha por fuerzas superiores; y si Vedel avanzaba, los desfiladeros y camino travesio que desde Ubeda va á Guarraman, quedaba sin su amparo y á merced de los españoles. La llegada de la division Gobert á la Carolina, en número de cuatro mil setecientos hombres de caballería é infantería, desvaneció en esta parte los recelos de Vedel, y permitió á Dupont disponer de un ejército de veinte y tantos mil hombres, muy aguerredos, vigorosamente organizados, y que habian marchado por el continente europeo, desde el Vistula hasta el Guadalquivir, precedidos de la victoria.

Con esta masa imponente de fuerzas, era verosímil que el francés desprendiéndose de su posición, viniera á caer sobre nuestras tropas, empujándolas violentamente hacia el fondo de las Andalucías. El general Castaños, presumiendo este intento, comprendiendo tambien que en aquella guerra la influencia moral era casi absoluta, y que bajo este punto de vista obtendría grandes ventajas el beligerante que tomara la ofensiva, quiso prevenir el combate, ofreciéndole á los imperiales, y para ello activó sus operaciones. El día 12 de julio se trasladó á Arjona el cuartel general, y habiéndose tenido en la tarde del 15 la noticia probable de que el enemigo se proponia atacar nuestra linea, Castaños dispuso que el ayudante general, cuartel maestro y otros jefes de E. M. G., se dirigieran á Arjonilla para practicar al siguiente día un reconocimiento detenido. Resultó falsa la voz relativa al movimiento progresivo de los imperiales, y los exploradores se convencieron de que Dupont permanecía fuertemente asido á su posición de Andújar, hecho que permitia á Castaños poner en planta todas las partes principales de la determinacion adoptada en Porcuna.

Las cuatro divisiones del ejército español se habian reconcentrado en Arjona, esperando las últimas órdenes. Al declinar la tarde del día 14 dispuso el general en jefe que la primera, mandada por Reding, marchase sobre Mengibar para pasar el río por este punto, y la segunda, dirigida por Coupigny, tomando el camino de la Higuerita, debía el 15 forzar el paso de Villanueva de la Reina, dándose despues la mano con las tropas granadinas. En el momento de partir estos cuerpos, el general en jefe abrazó á Reding y Coupigny, y con ese acento de infalible inspiracion que nace del corazón, y que hizo predecir á Newton su victoria y su muerte en Trafalgar, y á Carlos XII su triunfo casi épico en la batalla de Narva, les dijo levantando la voz: «Compañeros, hasta el día de la victoria.» El alma noble y elevada de Reding podia comprender este lenguaje, y el intrépido suizo contestó á Castaños con fuego y decision: «Venceremos, mi general, porque vamos á defender con valor, la mas justa de las causas.»

El ejército acoció con entusiasmo los dignos deseos de sus jefes, y las dos divisiones emprendieron el movimiento para llenar la gloriosa mision que se les habia confiada. En la misma tarde del 14 salió el general en jefe de Arjona y se trasladó á Arjonilla, seguido de la tercera division y de la reserva.

La aurora del 15 de julio, al reflejarse sobre la lozana vegetacion, que como una corona de esmeraldas rodea los bordes del Guadalquivir, iba á iluminar el primer encuentro de las tropas españolas con los orgullosos imperiales. Habia algo en estos momentos que afectaba á los espíritus mas intrépidos produciendo diversas sensaciones. Se iba á provocar una batalla con tropas, aunque valientes, noveles, contra los primeros soldados del mundo, acudillados por un general que habia dado pruebas de una audacia casi temeraria en trance de sumo peligro y aun de verdadero genio en ocasiones supremas. Pero el valor de los españoles, inflamado por el sentimiento patriótico, recibia mayor auge y sacaba feliz augurio de los sitios en que se iba á combatir. Seis siglos antes el esforzado monarca D. Alonso VIII habia reportado allí cerca la esclarecida victoria de las Navas de Tolosa, y los españoles del siglo XIX creían que aquel terreno estaba destinado por la Providencia para humillar á nuestros opresores, ora viniesen de las abrasadas regiones de Africa, ora de las benignas márgenes del Mein y del Sena.

En efecto, al amanecer del 15 avanzaron las divisiones tercera y cuarta sobre Andújar, se apoderaron de una eminencia que domina el puente del Guadalquivir, llamada los Visos, y se situaron intrépidamente en ella á tiro del cañon enemigo. Sorprendió (1) á los franceses este golpe de audacia, pues los españoles notaron cierta confusion en su linea; pero habiéndose repuesto pronto, empezaron á disparar sobre nuestras tropas, haciendo jugar las piezas que defendian la cabeza del puente.

El general en jefe mandó erigir sobre la parte mas avanzada de nuestra linea una batería, y se cambiaron algunas balas sin resultado; pero bajo la protección de esta batería se estableció otra mas á la derecha, la cual empezó á fulminar un fuego terrible y certero sobre los vivaques y parques del enemigo, obligando á este á replegarse acelerada y confusamente en el interior de sus posiciones.

(1) Los habitantes de Andújar refirieron que el general Dupont se consideró perdido al observar que las tropas españolas se desplegaban en columnas sobre las alturas inmediatas. Para tranquilizarle, le aseguraron sus oficiales de E. M. que las fuerzas que se descubrían eran bandas de paisanaje indisciplinado; pero que Dupont poco satisfecho con esta respuesta, subió á la torre de la iglesia á la hora en que los españoles pasaban revista, y como les viese evolucionar con todo el órden y precision de tropas regulares, reconoció á sus subalternos, los cuales pretendieron salir del compromiso, diciendo que nuestros cuerpos eran regimientos de milicias muy aumentados con reclutas sin instruccion ni disciplina, y de todo punto inútiles en un día de batalla.

Este primer esfuerzo, coronado por un éxito feliz, alentó á nuestras tropas; pero restaban aun graves dificultades que vencer. La orilla derecha del río que ocupaban los franceses estaba cubierta de ramaje; al abrigo de este se emboscó su infantería y rompió un fuego muy vivo sobre nuestros tiradores, que situados en la margen izquierda y completamente descubiertos, le sobrotaban con valor tranquilo y sereno, aunque no sin experimentar sensibles pérdidas. Solo el soldado español sóbrio, intrépido, resignado, que en la grande época de nuestras glorias habia desafiado al ardiente sol de los trópicos, la espesa bruma del Danubio y la glacial atmósfera del polo, podia sufrir ahora, sin murmurar y aun con alegre semblante, las penalidades y escaseces que surgieron en el campamento. Es verdad que abundaban los víveres, pero faltaba el agua, artículo precioso y de gran necesidad en el corazón del estío y en uno de los paises mas cálidos de Europa. Algunos arroyuelos, undulando por la falda de nuestras posesiones como serpientes de plata, iban á rendir su débil tributo al poderoso Guadalquivir; pero este agua salobre no era potable, y su vista, lejos de disminuir aumentaba los padecimientos de nuestras tropas. En vano el general en jefe habia mandado, bajo pena de la vida, se trajese toda el agua posible de los pueblos inmediatos; en vano el celo de sus habitantes escudó las esperanzas del general Castaños, porque siendo el calor tan extraordinario no pudo remediarse sino parcialmente el mal. Algunos soldados de climas mas templado; caian muertos, heridos por los rayos del sol; otros mas animosos se reunian en grupos; se arrojaban sobre los bordes del Guadalquivir, y mientras parte de ellos sostenían el fuego con los franceses, los demas apagaban su sed abrasadora.

Inconveniente tan grave hubiera retraído á Castaños del pensamiento de continuar en sus posiciones, si estas hubiesen sido menos importantes; mas era absolutamente preciso conservarlas, ya para ocultar al enemigo las maniobras de los españoles por la derecha de su linea, ya para entretener á Dupont y obligarle á permanecer en Andújar.

Y no se limitaban á esto los cuidados del general Castaños. Proponiéndose divertir á todo trance la atencion de los franceses y entorpecer sus comunicaciones, mandó al coronel Cruz Mourgeon que con un cuerpo volante ocupase las alturas de Sierra-Morena. El denodado coronel, á la cabeza de dos mil quinientos hombres, pasó el día 15 el Guadalquivir por el puente de Marmolejo; trepó con sus ágiles soldados por el cuerpo de la Sierra, se enseñoreó de la cumbre, y amenazando la espalda de los imperiales, se sostuvo alli con rara tenacidad hasta el día 18, rechazando todos los embates y acometidas de aquellos.

Al propio tiempo el conde de Valdecabras, seguido del batallon de voluntarios, partió de Porcuna, y en Jerezando sus pasos hacia Baeza y los desfiladeros, trató de molestar á los invasores empujando frecuentemente escaramuzas.

Mientras ocurrían estos movimientos en toda la estension de la linea española, Reding con la primera division se disponia á venir á las manos con el enemigo. Llegó al anochecer del 15 á las inmediaciones de Mengibar, eligió posiciones, y sin hacer alarde de su fuerza, se contentó con sostener un ligero tiroto á fin de llamar hacia aquel punto la atencion de los imperiales que custodiaban la barca.

Dos batallones de infantería, dos piezas de artillería y un escuadron de caballería, al mando de Liger Belair, y procedentes de la division Vedel, defendian este punto importante.

Al amanecer del día 16 Reding pasó el río por el puente del Rincon, un cuarto de legua arriba de Mengibar, y cayendo impetuosamente sobre el flanco de los imperiales, les obligó á emprender su retirada en la direccion de Bailén. Persiguieronlos los españoles con celeridad y bizarría; mas cuando los franceses estaban ya á media legua de Bailén, recibieron el refuerzo de tres batallones y un regimiento de coraceros, que bajo las órdenes de Gobert, habian descendido rápidamente de la Carolina. Renovóse entonces el combate con mayor encarnizamiento; de una y otra parte se hicieron prodigios de valor; el regimiento de coraceros franceses ejecutó cargas brillantes; pero nuestros no velos soldados, imposibles en medio del fuego, y sin comoverse con el violento choque de la caballería, empezaron á envolver las alas del enemigo. El general Gobert, peleando con los bríos de la juventud, cayó mortalmente herido en el calor de la refriega, y el general Dufour, viendo que sus tropas se debilitaban con inútiles esfuerzos, emprendió de nuevo la retirada en la misma direccion de Bailén. Los victoriosos españoles no prosiguieron su alcance, y dueños ya de la barca, objeto principal de aquella jornada, se replegaron á las dos de la tarde sobre Mengibar, donde esperaban que se les incorporasen las tropas de Coupigny.

Este general, siguiendo las instrucciones de Castaños, llegó el 15 á Villanueva de la Reina, atacó denodadamente á un destacamento francés que protegía este punto, le arrojó al otro lado del río, y se apoderó de parte de un convoy, haciendo varios prisioneros en las inmediaciones del camino real de Andújar. Enseñoreado Coupigny de Villanueva, y soltando sus ginetes por el camino, interceptaba las comunicaciones de Dupont, al propio tiempo que privando á los franceses del único molino que tenían en Villanueva, les reducía al estremo de machacar el trigo entre dos piedras para proporcionarse el sustento. Coupigny, habiendo arrollado al enemigo avanzó con celeridad, y en la noche del 17 á 18, cruzando el Guadalquivir por la barca de Mengibar, se incorporó á la primera division. Reunidas ambas divisiones, Reding quedó investido del mando superior, y emprendiendo su marcha hacia Bailén, llegaron al frente de este pueblo al medio día del 18. Un destacamento francés que guarnecía á Bailén, huyó á la aproximacion de los españoles, quedando á disposicion de estos el punto, ya en aquellas circunstancias mas estratégico y verdadera y segura llave de nuestras posiciones y de las del enemigo.

Ya se habia realizado en la parte mas esencial el pensamiento de Castaños, y en las reglas del arte estaba garantido el éxito de la campaña. Situado Reding en Bailén con dos fuertes divisiones, podia recibir sobre sus brazos á Dupont, en el caso probable de que retrocediera, y si este continuaba en Andújar resistiendo los ataques de la tercera y cuarta division, avanzar y clavar en la espalda del francés la punta de sus bayonetas. De cualquier modo, colocado entre dos grandes cuerpos españoles, se hallaba en una situacion desesperada; su movimiento progresivo era impracticable y anómalo, y su retirada imposible ó muy desastrosa. Los fervientes votos de la nacion española y los deseos de la Europa iban á realizarse; los modernos conquistadores debian hallar sus horcas caudinas en las faldas de Sierra-Morena.

Los generales franceses habian abandonado este punto importante, obedeciendo á estranas combinaciones, ó dejándose seducir por noticias aventuradas. Vedel, que se habia establecido alli desde el día 15, espiala el doble movimiento de los españoles por las estremidades de su linea; pero no logró

(1) Estas leguas se calculan de ocho mil varas, segun la medida que estaba admitida en aquella época.

penetrar las intenciones de Reding, y suponiendo que este general no se atrevería a atacar decididamente la barca de Mengibar, juzgó que el peligro real é inmediato estaba en otra parte; y que Bailen, protegido por las tropas de la Carolina, se hallaba á cubierto de un golpe de mano. El espíritu humano se deja guiar fácilmente en la dirección de sus primeras inspiraciones, y Vedel se afirmó en su pensamiento con la llegada de un ayudante de campo de Dupont, que le pedía de parte de este general, el refuerzo de un batallón ó de una brigada. La exagerada pintura que le hizo el ayudante de la situación de los franceses en Andalucía, y de la apatía energética y amenazadora que mostraban los españoles establecidos en los Visos, persuadió á Vedel de que la batalla se empuñaría en Andalucía; y que Reding, después de una vana ostentación de fuerzas delante de Mengibar, se replegaría sobre las tropas de Castaños para destruir el nervio del ejército imperial. Sin evaluar las probabilidades que pudiera tener este cálculo, siempre argüía imprudencia y desacerto de parte de un general de división, é abandonar una posición segura y escelente por correr hácia un peligro eventual; mas Vedel, sin pararse en estas consideraciones, sugerido por un celo indiscreto, mandó á Gobert que ocupara á Bailen con sus fuerzas: levantó el campo al anochechar del 15, y caminando toda la noche, llegó frente de Andalucía cuando alboreaba el día 16. Causó viva y grata satisfacción al general en jefe francés la presencia de su segundo, y llegó á lisonjearse con que arrojando una masa de diez y siete mil hombres sobre los quince mil españoles que guardaban los Visos, podría romperlos y desbaratarlos. La noticia del combate de Mengibar, de la muerte de Gobert y de la retirada de su división abatió estas halagüeñas esperanzas, y bajo la luz del desengaño descubrió Dupont bien á las claras toda la imprudencia de Vedel; y queriendo remediarla en parte, intimó á este general que retrocediese inmediatamente sobre Bailen, que suponía ocupado por las fuerzas de Dufour, batidas en Mengibar.

Mas esta presunción probable, no era sin embargo exacta. Dufour al entrar en Bailen en la noche del 16, recibió la noticia de que cuerpos respetables españoles ocupaban el camino de travesía de Baeza y Ubeda á Guarroman, y amenazaban cerrar sobre sus espaldas la entrada de los desfiladeros. Estos cuerpos respetables no eran mas que los voluntarios de Valdecañas hábilmente apostados en el camino de Baeza, para causar ilusión á los franceses. Alarmado Dufour con estas nuevas, sin profundizar demasiado en su origen, y temiendo que el ala derecha de los franceses fuese envuelta, parte de Bailen en la misma noche del 16, y se dirige celeradamente para situarse en el fondo de las gargantas.

Vedel, que siguiendo las instrucciones de su general en jefe, había salido de Andalucía en la noche del 16, llega á Bailen en la mañana del 17, y aun le sorprende al pronto ver abandonado este punto cardinal, considera al fin como muy justa la rápida determinación de Dufour; él mismo vacila sobre el partido que debe tomar pero Reding se ha replegado sobre Mengibar después de su victoria: los reconocimientos que practican los franceses delante de Bailen no revelan la presencia de su enemigo, y Vedel se convence al fin de que los españoles maniobrando con tanta habilidad como prontitud, se han lanzado desde Mengibar sobre el camino de Baeza, Linares y Guarroman, y con sus columnas las retaguardias del ejército francés. En armonía con esta convicción, Vedel recoge todas sus fuerzas y sigue los pasos de Dufour el mismo día 17.

En tanto que Dufour y Vedel se lanzaban á las gargantas de Sierra Morena en pos de un ejército imaginario; mientras Reding y Coupigny tomaban posiciones delante de Bailen, á la derecha é izquierda del camino real de Sevilla para precipitarse sobre la retaguardia de Dupont, ocurrieron del lado de Andalucía sucesos bien trascendentales. Había transcurrido el día 16, sosteniendo de una y otra parte un vivo cañoneo: la división de reserva practicó un movimiento por su derecha, á fin de prolongarse y ocupar una altura inmediata; y aunque esta operación hubo de verificarse acomodándose al aspecto de las localidades, bajo el fuego enemigo, nuestros novales soldados le afrontaron con impavidez, y ni una sola hilera se desordenó en la marcha. El 17 se trabaron varias escaramuzas en las guerrillas y descubiertas; cambiáronse entre ambos campos algunos disparos de artillería, y las divisiones tercera y de reserva se prepararon de modo que pudieran extender mas y mas sus alas por la derecha de la línea.

Dupont incierto, receloso, sintiendo á su alrededor una nube de enemigos, y no comprendiendo aun dónde existía el peligro real, observó la marcha trasversal de la cuarta división, y mandó practicar un fuerte reconocimiento sobre el frente de los españoles. Un regimiento de dragones se precipita á toda brida por el frente de Andalucía, y aunque nuestras tropas le reciben con un fuego muy vivo de fusilería, el coronel de aquel cuerpo se cerciora de que los españoles insisten sobre su derecha, y comunica la noticia al general en jefe francés. Comprende este entonces que el pensamiento de Castaños es el de presentar la batalla por el lado de Bailen, y forma el proyecto de abandonar á Andalucía y adelantarse sobre Bailen á paso de gigante. Empezando este movimiento el día 17 podía Dupont haber alterado la fisonomía de la campaña, porque ocupaba á Bailen antes que Reding. Pero las tropas imperiales, debilitadas por la penuria y los rigores del clima, habían perdido algo de su movilidad; causaban grande embarazo al general francés sus muchos enfermos y sus numerosos bagajes, y preocupábase demasiado la masa de españoles que tenía delante de sí en los Visos. Influycion estas consideraciones para que no emprendiese su retirada hasta la noche del 18. Quería á todo trance ocultar su movimiento al general Castaños y precederle cuatro leguas.

Para lograrlo dispuso que la brigada Chabert, situada detrás y á la derecha del puente, diera silenciosamente la vuelta á Andalucía y se colocara á la cabeza de la columna. Un batallón suizo francés y un escuadrón de coraceros se incorporaron á este cuerpo y elevaron su fuerza á dos mil ochocientos hombres, provistos de seis piezas de artillería. Marchaban en el centro los bagajes, cubriendo mas de dos leguas de terreno, y seguían los suizos españoles, la brida Pannetier y dos batallones de la guardia de París. Por último, cerraban la marcha dos regimientos de dragones, dos de cazadores y un escuadrón de coraceros, los marinos de la guardia y el resto de la artillería. Había dispuesto asi sus tropas y colocado cuerpos escogidos en la retaguardia, porque temia principalmente el alcance de las divisiones tercera y de reserva. Con este orden y concierto empezaron á moverse las tropas imperiales, después de obstruido el puente de Andalucía, pues Dupont no se atrevió á volarle, temiendo despertar la atención de los vigilantes españoles. Protección á los imperiales las sombras de la noche, pero dificultada su marcha su inmenso tren y un calor sofocante.

A las tres de la mañana llegaron las tropas francesas á los bordes del Herrumblar, riachuelo que

trae su origen del pie de Sierra-Morena, y arrastra sus aguas por un álveo estrecho y profundo, abierto en el corazón de una roca. Como el calor había sido tan excesivo, el río estaba casi seco y los imperiales le pasaron con facilidad, dirigiéndose los bagajes y trenes al puente. Un poco mas arriba del Herrumblar el camino penetra por entre dos colinas cubiertas de olivos. Aquí esperaba Dupont hallar los puestos avanzados de Vedel; pero cuál fué su dolor y su sorpresa cuando en vez de sus auxiliares descubrió á los exploradores del general Reding! Mas como el retroceso era ya imposible, se resolvió á hacer un esfuerzo vigoroso para pasar sobre el cuerpo de nuestras divisiones y dar la mano á las de Dufour y Vedel.

Los tiros disparados por las descubiertas de ambos ejércitos esparcieron la alarma entre los españoles de Bailen. Hallábanse á la sazón, y pocos momentos antes de rayar la aurora, en los vivaques de las divisiones los mayores generales de estas D. Francisco Javier Abadía y D. Francisco Copons, ocupados en formarlas y prepararlas para la marcha.

Estos jefes oyeron las detonaciones y aperecieron sus tropas para el caso de la batalla. Los generales Reding y Coupigny y algunos oficiales superiores, que estaban reunidos en una almazara ó molino de aceite, perciben tambien los tiros; pero dudan al pronto que los ocasionase la presencia de los imperiales, porque el movimiento de Dupont sobre Andalucía el día 18 era inverosímil; mas una granada enemiga que viene á reventar casi á sus pies con horrible estrépito, es una prueba cierta de que se ha iniciado el combate. El general Reding dicta sus órdenes: la primera división se situó á la derecha del camino real; la segunda división á la izquierda, destacándose de esta algunas fuerzas, que se colocaron al otro lado del pueblo para contener á Vedel en caso de que descendiese desde Guarroman á la Carolina sobre el campo de batalla. Las dos divisiones españolas apoyaban su espalda en el pueblo de Bailen, y tenían al frente su formidable artillería servida por escelentes oficiales. Formaban dos líneas profundas y sólidas, extendiendo la primera sus alas para cubrir á la segunda, amparando los flancos la caballería. El valeroso coronel Cruz, que había sostenido con la mayor firmeza su posición sobre la cresta de Sierra-Morena, no bien hubo descubierto la marcha retrógrada de Dupont, descendió velozmente de la sierra y se apostó en el pueblo de Baños, pronto á lanzarse y despedazar el costado izquierdo de los franceses. La vanguardia española, á cargo entonces de D. Francisco Venegas Saavedra, tomó posiciones sobre los dos lados del camino al abrigo de las colinas.

Inició el combate la brigada Chavert, fuerte, como hemos dicho, de dos mil ochocientos hombres; mas redújose durante algun tiempo, á un tiroeo estéril, sostenido por las avanzadas de ambos ejércitos. Dupont, que temia siempre la aproximación de Castaños, quiere hacer un esfuerzo poderoso para penetrar las divisiones españolas, y manda que se reúna sobre la primera línea del ataque el grueso de su ejército. Las órdenes del general francés se ejecutan con celeridad y precisión: todas sus tropas se hallan dispuestas para emprender un movimiento decisivo, excepto la brigada Pannetier, que con el general de división Barbou se apostó en el puente del Herrumblar para impedir el paso á Castaños.

A las cuatro de la mañana se replegaban las vanguardias sobre sus respectivos ejércitos, y la línea francesa se mueve para caer impulsivamente sobre los españoles. Artillería, caballería, infantería desembocan con buen orden en el llano que se extiende delante de Bailen: Chavert levanta sus baterías, y los grandes esfuerzos del enemigo se dirigen contra nuestra izquierda, donde mandaba el intrépido Coupigny. Sus bisoños soldados reciben á los franceses con admirable serenidad, y sintiendo aumentarse su ardor con la presencia de tan odiado enemigo, le rechazan, causándole bastante pérdida, mientras que nuestra artillería juega con tanta superioridad y acierto que logra desmontar todas las piezas del enemigo. Reding pretende aprovecharse de este momento favorable, con el tacto de un hábil general. Sin dar tiempo para que se repongan los franceses, se esfuerza por envolver su ala derecha, y á este fin ordena que una fuerte columna, compuesta de guardias valonas, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuéca, suizos, zapadores y el de caballería de España, se adelanten y desalojen al enemigo de una eminencia, sobre que apoyaba su flanco derecho. Nuestros soldados avanzan con la mayor resolución, arrollan cuanto se les presentan y van ya á recoger el fruto de sus esfuerzos, cuando el ala derecha de los imperiales opera con singular rapidez un cambio de frente, y un regimiento de dragones franceses, precipitándose al galope sobre los españoles, logra detenerlos en su marcha victoriosa, y les obliga á replegarse en buen orden sobre el interior de su línea. Pero este movimiento retrógrado que se vieron precisadas á emprender las tropas españolas, lejos de influir desgraciadamente, contribuyó, por el contrario, al buen éxito de la batalla; pues como se habían precipitado, estando á punto de marchar las divisiones primera y segunda, esta, que según hemos manifestado, formaba la izquierda, presentaba una saliente peligrosa, y el rudo choque de los imperiales la hizo ocupar sus verdaderas y sólidas posiciones.

Al propio tiempo se agita nuestra derecha, acomete intrépidamente la izquierda del enemigo, y sigue batiéndose durante mucho tiempo, con una constancia ejemplar. Guaiaba estas fuerzas D. Pedro Grimarest, y como empezasen á vacilar después de lucha tan porfiada, acudió á su auxilio con buen golpe de gente D. Francisco Venegas, y á la cabeza del brillante regimiento *Ordenes militares*, desalojó á los franceses de la altura, y les forzó á replegarse. En vano Dupont, hirviendo en ira, mas fútil de consejo que de valor, y presintiendo ya el desastroso desenlace de aquella jornada, empuña todos sus cuerpos en el fuego, lanza á sus ginetes, superiores en número y calidad á los españoles, sobre nuestras bayonetas, y nada omite para aportar una de las dos divisiones; en vano pone en juego todas las evoluciones que ha aprendido en una táctica sancionada por veinte años de victorias; los ataques á la derecha, al centro y á la izquierda, las cargas mas vigorosas á la bayoneta, no le producen otro resultado que el de debilitarse con sangrientos esfuerzos. Sobre las fuertes líneas de los españoles se estrellan el valor y la movilidad del soldado francés, el orgullo de las legiones conquistadoras, la temeridad de algunos de sus jefes, la peregrinación de otros y la fortuna de todos.

El combate duraba ya seis horas, y un sol abrasador aterraba á hombres y caballos. En aquel terreno, seco y árido, ni un hilo de agua podía templar la sed de los combatientes. Los sóbridos españoles, aquejados de este sufrimiento, le soportan con su habitual resignación; pero los franceses, oprimidos ya por la desgracia, empiezan á decaer de ánimo. El general Dupont ve anublarse el marcial semblante de sus tropas, y trata de infundirlas aliento, anunciándolas la próxima llegada de la división Vedel. Un rayo de esperanza brilla en el fondo de

sus corazones. Dupont se aprovecha de este instante, y ordena otro ataque general sobre el frente de los españoles. Precipitáronse en masa los franceses, buscando el punto débil de nuestras posiciones; pero nuestra superior artillería hace descargas mortíferas que arrebatan la cabeza de las columnas enemigas; nuestros soldados rechazan con el fuego de sus fusiles y la punta de sus bayonetas todas las cargas de la formidable caballería imperial, y aquellas dos líneas, semejantes á las falanges de la antigüedad, permanecen sin conmoverse en medio del campo de batalla. A las doce del día las baterías del enemigo han sido desmontadas de nuevo; casi todos sus jefes y oficiales se hallan muertos ó heridos; el general Dupont pertenece al número de los primeros, el general Dupont al de los segundos; el campo está cubierto de cadáveres franceses, y la desolación reina en el espíritu de los conquistadores.

Dupont, menos atormentado por los dolores físicos que por los dolores del alma, recorre de nuevo sus filas, y logra empuñar á sus soldados en hacer el último esfuerzo. El mismo se coloca á su cabeza, y seguido de los demas generales, de los marinos, de la guardia y de las restantes tropas, ataca á los españoles con ardor estremado; pero el hábil Reding ha dispuesto sus doce mil hombres de modo que opone siempre á los franceses tropas de refresco; las líneas españolas son impenetrables como un muro de diamante; las fuerzas de la desesperación son incalculables, pero efímeras; y Dupont, que ha hecho este esfuerzo grande, como el de un gigante moribundo, pierde pronta la ofensiva, y se retira sobre los bordes del Herrumblar.

Contra de dos mil franceses, entre muertos y heridos, cubren el campo de batalla; los regimientos suizos de Preux y Reding se han reunido á sus hermanos, que combaten con los españoles: seis mil hombres escasos y estenuados por la fatiga subsisten con las armas en la mano; la derrota de los imperiales es cierta y desastrosa; y solo sostiene su ánimo abatido la esperanza de que Vedel opere una diversion poderosa sobre la retaguardia de Reding.

Eran las dos de la tarde. El cañon de La Peña retumba en las concavidades del Herrumblar, y su eco lleva el terror al pecho de los amilanados franceses. Los dos grandes cuerpos del ejército español alargaban sus brazos para oprimir y aniquilar las reliquias del famoso ejército de la Gironda.

El general La Peña, no obstante la celeridad que había empleado su movimiento, llegaba al alcance del enemigo cuando la batalla estaba decidida. La causa de este retraso consistía en las precauciones tomadas por Dupont al retirarse de Andalucía. Castaños, que contaba con la fidelidad y celo de los habitantes de esta ciudad, ignoró sin embargo la marcha del enemigo hasta las dos de la mañana. A esta hora se presentaron en el cuartel general unos paisanos de Andalucía, anunciándole la partida del ejército francés. Castaños, después de asegurarse de la exactitud de esta noticia y de reconocer el puente que se creía cortado por el enemigo, dispuso que la division de reserva, seguida de la tercera, se pusiera en movimiento, y á la cabeza de ambas, pasó el mencionado puente, trasladándose á la orilla derecha del río. El general en jefe recogió nuevas y necesarias noticias sobre la dirección del enemigo, sus demostraciones, el orden de su marcha y cuanto pudiera ilustrarle acerca de la operación que se iba á emprender. Con auxilio de estos datos y la prontitud que exigen las circunstancias, arregló Castaños su plan. Las tropas debían adelantarse por el camino real en escalon, marcando la primera la reserva, bajo las inmediatas órdenes del general La Peña, y quedando por el pronto la segunda division en Andalucía, ya para dejar en la marcha el conveniente intervalo, ya principalmente para tener un apoyo sólido en el caso de que las fuerzas de Dupont, vencidas ó vencedoras, refluyesen sobre su punto de partida. El general en jefe previno; que á la Peña que acelerase todo lo posible su movimiento; que á una distancia proporcionada disparase cuatro cañonazos para anunciar á Reding su aproximación, y que en el momento de avistar al enemigo emprendiera decididamente el combate.

La reserva se adelantó velozmente, recogiendo algunos franceses dispersos ó rezagados; muchos soldados nuestros caían sofocados por el calor; pero los demas, lejos de acobardarse, redoblaban el paso agujonándoseles el deseo de medir sus armas con los aborrecidos imperiales. Una legua distaria aun la division española de las avanzadas enemigas, cuando se presentó á La Peña un oficial francés con el carácter de parlamentario. Interrogado acerca de su mensaje, manifestó el francés, después de ensalzar hiperbólicamente el poder y genio de Napoleón que venia en nombre de su general en jefe, á pedir que la division de la reserva detuviera su marcha. Chocó á La Peña singularmente tan estraña demanda, que ni aun venia rebuzada con los preliminares de una capitulación, y mandando que condujeran al parlamentario á la presencia del general en jefe, siguió su marcha con mayor diligencia, hasta que los tiradores llegaron casi á tocar con los puestos de la retaguardia enemiga. Entonces hizo colocar en batería sus piezas; mandó disparar los cuatro cañonazos de aviso, y continuó avanzando. Ardian sus tropas en deseos de distinguirse; jefes y soldados olvidaban la fatiga de siete horas de marcha, bajo una temperatura de 40 grados, y sentían inflamarse su valor al aspecto del enemigo; dada la señal del combate y atendida la situación de los beligerantes, pocos minutos hubieran bastado para destruir las reliquias de la division Barbou, aconchadas sobre la orilla derecha del Herrumblar.

El ruido del cañon de reserva aumentó en muchos grados la consternación del general en jefe francés y el desaliento de sus tropas. Dupont, después de haber perdido la flor de su ejército en el último y desesperado ataque, apenas podía sostenerse á corta distancia; pero al sentir la proximidad de La Peña, comprendió que su situación era absolutamente desesperada, y que no le quedaba mas recurso que el de tratar con los españoles. Elijió para este fin al capitán Villotruys, escudero de templador, quien bajo semejante concepto, era el mas á propósito para desempeñar esta misión triste y delicada. Villotruys se presentó á Reding, y le pidió un armisticio. Otorgósele generosamente el general español; pero contestó á las proposiciones que se le hicieron después relativas á un ajuste definitivo, que no se hallaba autorizado para ello, y que el único competente en este punto era el general Castaños.

Entre tanto, el francés, viendo que La Peña continuaba su movimiento, trata de contenerle, enviándole varios oficiales, que le suplicaron hiciese alto, declarándose vencidos, y atañándose á cuantas condiciones quisieran imponérselos. Vacilaba La Peña aun en vista de la humillación de los imperiales, porque las órdenes que para atacar había recibido de Castaños eran terminantes, y no dependiendo de Reding no podía tampoco considerarse ligado por el armisticio que este había concedido. Llegó entonces al sitio que ocupaba la reserva el capitán Villotruys, se avistó con el comandante general, instó, rogó, suplicó para que detuviese su movimiento destructor, y prevaleciendo entonces la lealtad española sobre el triste placer de derramar la sangre de los vencidos, La Peña prometió que suspendería

el ataque siempre que se continuasen sin demora los pasos concernientes á la capitulación. Villotruys se dirigió al cuartel general, y La Peña dispuso que dos oficiales de su division, atravesando el campamento francés conferenciaran con Reding, y oyeran de su boca la confirmación de cuanto había dicho el negociador imperial. Los dos oficiales se pusieron en camino; mas apenas habían pasado de nuestras avanzadas, cuando hallaron al coronel D. Francisco Copons, mayor general de la division Coupigny, quien iba de parte de Reding á poner en conocimiento de Castaños cuanto había ocurrido en Bailen. Copons ratificó las noticias dadas por Villotruys, y entones La Peña tomó posición sobre la derecha del camino real, formando marfillo y abrazando con sus alas el flanco derecho y la retaguardia de los franceses. No estaba tampoco ociosa la tercera division: con el general en jefe á la cabeza y mandada inmediatamente por su comandante D. Félix Jones, se adelantó por el mismo camino real, apoyando siempre á la reserva, y se reconcentró sobre esta, constituyendo una valla impenetrable. Castaños se situó en la casa de postas inmediata, donde iba á resolverse definitivamente el problema que con tantos esfuerzos, tan singular heroísmo y tanta efusión de sangre se estaba agitando sobre las riberas margenes del poético Guadalquivir.

La llegada de Vedel á las cinco de la tarde sobre la retaguardia de Reding complicó un tanto aquella situación lisonjera. El general francés, después de recorrer inútilmente el fondo de los desfiladeros, oyó en la Carolina el estampido del cañon que, como la voz de la tormenta, resonaba entre las concavidades de la sierra. Presumiendo que Dupont habría empuñado la batalla con las tropas españolas, se dirigió al sitio del combate; mas por circunstancias imprevistas cuando se presentó á la espalda de nuestras posiciones, se estaba ya capitulando. Las tropas españolas, confiando en la buena fé del armisticio, habían dejado sus armas en pabellones y descansaban de las largas y gloriosas tareas de aquel día mortal.

Vedel muestra su aptitud hostil; quiere arrebatrar sorprendiendo nuestra ala derecha y abrirse paso con la punta de su espada hasta el punto en que permanecía Dupont. Dicta sus últimas disposiciones para el combate, y ya va á lanzarse sobre nuestros soldados, cuando le detiene un parlamentario de Reding, anunciándole la tregua convenida. El francés, sin prestar entono asenso á lo que acaba de oír, manda un oficial á Dupont para obtener la certidumbre de la noticia; mas no bien hubo transcurrido media hora, y sin aguardar la respuesta de su general en jefe, Vedel, obrando con doble y pérdida intencion, carga inopinadamente sobre nuestras tropas, y empieza á envolver el flanco derecho. Carraban este extremo de la línea un batallón de Irlanda y parte del regimiento de Jaen, cuerpos ambos que ni temian ni esperaban la brusca acometida de los imperiales.

Merced á esta circunstancia, y cargando con el grueso de sus tropas, consiguió Vedel fácilmente arrollar al batallón de Irlanda, haciendo varios prisioneros y apoderándose de dos cañones; mas queriendo llevar adelante su intento, y cargando á la izquierda, encontró briosa y pertinaz resistencia en el regimiento de las órdenes militares, que al mando del intrépido coronel D. Francisco de Paula Soler, había acudido á aquel punto, donde estaba situada la ermita de San Cristóbal, que impedia inmediatamente las comunicaciones con Dupont. Redoblan los imperiales sus esfuerzos; mas el bizarro regimiento se sostiene en la posición de San Cristóbal con heroica constancia, y ya Vedel, ciego de ira, va á arrojar sobre este valiente cuerpo el resto de sus tropas y á oprimirle con el número, cuando una intimacion espresa de su general en jefe le contiene y hace desistir de su propósito.

Mas tampoco fué espontánea esta orden de Dupont, tal cual convenia al honor militar y á la fuerza de la palabra empeñada. Lisonjébase el francés con que el ataque de su segundo aliviaría su situación, y sin advertir que la empoebaba, violando el mismo armisticio á que debía la existencia de sus abatidas tropas, mostrábase rehacio para contentarle, hasta que Reding le amenazó con pasar á cuchillo las divisiones Barbou y Fressia, si Vedel no desistía de su temerario y deslealtad, y permanecía en sus posiciones esperando las consecuencias de la capitulación entablada. Entonces ambos generales franceses, bajo la imperiosa ley de la necesidad, suspendieron sus movimientos, no aguardando ya nada del poder de sus armas, sino de la habilidad de sus negociadores. Presentáronse con este carácter á D. Manuel La Peña los generales Marescot, ingeniero general de los ejércitos imperiales, y Chavert, jefe de E. M. G., provistos de plenos poderes para concertar la capitulación. No pertenecía el primer de estos jefes al ejército de observación de la Gironda; pero su brillante reputación militar, su alta categoría como grande oficial del imperio, y antiguas, aunque ligeras relaciones con Castaños, le hacían mas idóneo que otro alguno para entablar las negociaciones; repugnábale mision tan delicada y poco lisonjera; mas á ruegos de Dupont consintió en acompañar como testigo al general Chavert.

Recibiólos La Peña en la venta del Herrumblar ó venta Quemada, y á presencia de sus ayudantes generales, cuartel maestro y mayor general de infantería, les dijo que él no podía admitir tratos y conferencias mas que sobre la base pura y sencilla de entregarse á discreción las tropas de Dupont, y que si esto no se realizaba, haria avanzar sus tropas sobre las reliquias de las divisiones Barbou y Fressia. Conocian los comisionados el fundamento de tan imperiosa demanda; mas contestaron á La Peña que sus facultades, suficientes para tratar sobre otros preliminares, no se extendian hasta este punto; que le rogaban les permitiese renovar sus poderes, empuñando su palabra de volver en el preciso término de una hora. El comandante general de la reserva prometió diferir su ataque hasta que trascurriera el plazo solicitado, insistiendo en que si al cabo de la hora no se entregaban á discreción, lanzaria á sus impacientes soldados sobre las abatidas legiones del moderno imperio. Volvieron los comisionados á su campamento; mas antes de partir el conde de Marescot, quiso captarse la benevolencia de sus enemigos con un rasgo de fina política, y dirigiéndose al general La Peña, le dijo que no perteneciendo al cuerpo de Dupont, podía disponer de su persona, y que desde aquel momento se constituía prisionero, confiándose á la lealtad española.

Cuando Dupont supo que La Peña exigía se entregasen sin condiciones él y su ejército dentro del término de una hora, exclamó en un arranque de dolorosa indignación: «¡Nunca! Pereceremos todos antes que continuar las negociaciones sobre semejante base.» Movidó por este sentimiento recorre su campo acompañado de los demas generales y oficiales superiores, y se esfuerza por influir en el ánimo de sus tropas un rayo de valor; pero este paso resulta completamente infructuoso; ni el galvanismo del pundonor, ni el recuerdo de sus antiguas glorias, ni el conocimiento de su terrible situación pueden impeler ya aquellos soldados, sumergidos en el mas completo abatimiento. Entonces el general en jefe francés, á instancias de Marescot, manda reunir un consejo de oficiales superiores, y en este

se acuerda proseguir la capitulación. Chavert, Marescot y Villotruys pasaron á avistarse con el general Castaños, que se hallaba en la casa de postas, y el cual, noticioso de todo, había dejado que La Peña diese los primeros pasos, reservándose él los decisivos.

Recibió el general en jefe español á los comisionados franceses con urbanidad, y les preguntó si estaban plenamente autorizados para tratar y dominar todas las dificultades que surgieran en el curso de la negociacion. Contestó Chavert afirmativamente, y entrando en el fondo de la cuestion, pidió que se permitiera al ejército imperial volver á Madrid por Despenaperros, evacuando completamente la Andalucía. Negose Castaños á esta demanda, y exigió que las tropas de Dupont se entregaran á discrecion, fundándose en que realmente era árbitro de su existencia, aconchadas como estaban sobre las márgenes del Herrumblar, é imposibilitadas de tentar el menor esfuerzo. Los negociadores hicieron valer la posición diferente de las divisiones Vedel y Dufour, que conservaban una aptitud imponente amenazando la retaguardia de Reding y que tenían segura su línea de retirada. Repuso Castaños que las divisiones francesas últimamente mencionadas no se hallaban en situación tan lisonjera; que había tomado las medidas necesarias para cerrar los desfiladeros, y que Vedel correría la misma suerte que Dupont, detenido en su marcha y oprimido por fuerzas superiores y alentadas por la victoria. El general Castaños, haciendo prevalecer esta consideración y dando un fuerte colorido al triste cuadro que presentaba el ejército imperial, procuraba vencer la resistencia que oponían los negociadores á que se incluyeran en la capitulación unas tropas que no habían experimentado quebranto alguno en la batalla. Por último, se admitió el precedente de que las divisiones de Barbou y Fressia, asi como las de Vedel y Dufour fuesen objeto de la capitulación, si bien expresando diferentes condiciones, atendida su diversa situación.

A este punto había llegado la conferencia cuando tomaron parte en ella un ayudante del general Vedel y el capitán de marinos, Baste. La arrogancia y alivos modales de estos comisionados, disgustaron profundamente al conde de Tilly, representante de la junta de Sevilla, quien se produjo en términos justos, pero amargos; mostróse tambien ofendido el capitán general de Granada D. Ventura Escalante; y el mismo Castaños, que hasta aquí había observado una templanza y moderacion singulares, no pudo contenerse y dijo que, si no se aceptaban perentoriamente y sin discusion las condiciones propuestas, iba á romper el armisticio y á renovar el combate con todas las fuerzas de su ejército. Chavert y Marescot, que conocian á fondo el estado de las cosas, se alarmaron con esta amenaza, y suplicaron al general en jefe español que les permitiera hablar aparte con los delegados de Vedel. Acedió Castaños á esta demanda, y los generales franceses hicieron desistir de sus alrevidas proposiciones á los nuevos comisionados. Vencido este inconveniente, la negociacion se llevó adelante, fundándose en esencia sobre la idea últimamente emitida por Castaños, aunque debatiéndose todavía algunas de sus formas.

Ya estaban discutidas y aprobadas las principales bases de la capitulación, cuando Dupont, procediendo con una insigne mala fé, autorizó á Vedel para que se alejase del campo de batalla, haciendo ilusorio el artículo mas importante del tratado. Acogió Vedel con viva solicitud esta orden, y en la noche del 21 se puso en marcha con su ejército, dejando un fuerte destacamento en Bailen para enganar á los españoles. Protegió algún tiempo la fortuna en su desleal intento, pues logró llegar á Santa Helena, y ya se lisonjeaba con la esperanza de haber salvado la mitad del ejército francés, cuando recibió una orden de su general en jefe previniéndole que viniera con sus tropas á los sitios que había abandonado con tanta mengua de su honor y con tanto desdoro de la religion de los tratados.

El vigilante Reding había notado la falta de Vedel, no obstante las precauciones adoptadas por este. El movimiento del francés falsaba la base de la capitulación acordada, porque la division Vedel era el objeto principal de las negociaciones, puesto que el cuerpo que había combatido bajo las inmediatas órdenes de Dupont, debía entregarse á discrecion. Asi es que Reding, justamente ofendido por una violacion tan inaudita del honor militar, mandó á decir al general en jefe francés que si las fuerzas de Vedel no ocupaban sus anteriores posiciones y esperaban inmóviles el final resultado de las conferencias, él y los demas españoles se considerarían libres de todo compromiso, y castigarian la fé púnica de sus enemigos con las últimas estremidades de la guerra. Dupont, menos celoso de su honra que de la salvacion de sus tropas, procediendo con doblez y alevé pensamiento, trató de ganar tiempo para que Vedel se pudiese fuera del alcance de las tropas españolas. Pero el altivo Reding comprendió este torpe ardid, requirió de nuevo y con mas energia al francés, amenazándole con pasar al filo de su espada las divisiones Barbou y Fressia, las cuales habían perdido sensible y gradualmente su fuerza física y moral.

La imperiosa demanda de Reding y los gritos de los españoles que se creian víctimas de una supercheria indecorosa, llevaron el terror al pecho del general francés. Presumia tambien Dupont que Vedel se hallaria ya bastante lejos del campo de batalla para no acatar la orden emanada de un jefe colocado en situacion tan crítica y violenta, y queriendo templar la ira de los españoles con una apariencia engañosa, mandó al general Legendre que escribiera á Vedel para que hiciese alto. Débil y ambigua esta carta, no podía realizar el pensamiento de Reding, que tomando un tono mas absoluto y calificando á Dupont de cómplice en la fuga de Vedel, le exigió que bajo su responsabilidad mas estrecha detuviera á su segundo en el movimiento que había emprendido. No se atrevió el general en jefe francés á resistir ó tergiversar esta intimacion, y estendió la orden de que hemos hecho mérito. Duró Vedel algun tiempo sobre la determinacion que le convenia adoptar; pero á instancias de sus oficiales, mas pundonorosos ó menos imprudentes, acordó regresar á Bailen, y esperar resignado la suerte de sus divisiones.

La fuerza de las circunstancias había orillado todas las dificultades; los negociadores franceses, sostenidos por el triste recuerdo de sus glorias, esperaban aliviar su situacion, prolongando las conferencias, olvidando que el tiempo es aliado tan natural de la desgracia como de la fortuna; Dupont, el orgulloso Dupont, que iba á perder ya el poder de este golpe sus anteriores y esplendentes timbres, resistía esta humillacion con todas las veras de su voluntad; pero el espectáculo que presentaban sus tropas y la aptitud cada vez mas imponente de las españolas, debían destruir aun las ilusiones de la desesperacion, y el caudillo imperial, temblando de ira, puso la pluma sobre el papel. Por último, la noche del 21 se acordó definitivamente y quedó firmada la capitulación.

El día 23 fué el designado para que el ejército de Dupont rindiera sus armas, constituyéndose prisionero. Verificóse este acto de inmortal recorda-

cion en el punto próximo al en que se había sostenido la batalla. Ocho mil doscientos cuarenta y ocho hombres desfilaban por delante de las divisiones tercera y de reserva, á cuyo frente estaba el general Castaños. Aquellos soldados, vencedores hasta aquí de la Europa, marchaban ahora con la vergüenza en el rostro y la rabia en el corazón, y fueron á deponer sus armas á cuatrocientos toesas del campo.

«Venid! Dios os ha reservado todavía la dicha de ver un Napoleón.» El Rhin acaba de tener una avenida súbita y extraordinaria, á consecuencia de las grandes lluvias que ha habido en Suiza y en Alsacia. Segun escriben de Strasburgo, el 19 habian subido las aguas un metro y 46 centímetros de su nivel ordinario. El 19 habian subido 4 metros y 4 centímetros, y todavía seguia creciendo el río.

(Mañana concluiremos esta biografía.)

Todos los periódicos de hoy, menos el Clamor Público, pagan un tributo de respeto á la gloriosa memoria del duque de Bailen.

La Gaceta publica sobre el mismo asunto el siguiente real decreto:

«Queriendo consignar de un modo solemne los grandes hechos que personifica el capitán general del ejército, grande de España, duque de Bailen, y regente que ha sido del reino, D. Francisco Javier Castaños, cuyo nombre recorda una de las épocas de mayor gloria para la nacion española, y manifestar el profundo dolor que la pérdida de este distinguido español, de acrisolada lealtad, ha causado en mi real ánimo, y causará en toda la nacion, vengo en disponer lo siguiente:

Artículo 1.º Para dar un testimonio de mi real aprecio y consideración á la memoria del duque de Bailen, las exequias que por el reposo de su alma se han de celebrar en Madrid, se verificarán con mi asistencia.

Art. 2.º El Rey, mi amado esposo, asistirá en mi real nombre y representación á la conduccion del cadáver del duque de Bailen desde la iglesia de San Isidro el real, donde se depositará, hasta la de su enterramiento.

Art. 3.º Igualmente concurrirá á estos actos mi Consejo de Ministros.

Art. 4.º Se tributarán al duque de Bailen, no obstante mi residencia en Madrid, los honores fúnebres que la ordenanza señala para el capitán general de ejército que muere en plaza con mando en jefe.

Art. 5.º Se celebrarán exequias, con iguales honores fúnebres, en las capitales de todas las capitánías generales de la monarquía.

Art. 6.º Los gastos de entierro y exequias serán de cuenta del Estado.

Art. 7.º A los restos mortales del duque de Bailen se dará sepultura, como escepcion honrosa y merecida en la iglesia de nuestra Señora de Atocha, erigiéndose un sepulcro digno de su alto objeto.

Art. 8.º Por el ministerio de Gracia y Justicia se dirigirán cartas reales á los M. RR. arzobispos, RR. obispos, vicarios capitulares y jurisdicciones exentas para que en todas las iglesias, catedrales, colegiatas y parroquias de sus diócesis respectivas hagan celebrar el correspondiente oficio de difuntos.

Art. 9.º Durante tres dias, á comenar en Madrid desde el siguiente á la fecha de este mi real decreto, y en las provincias desde el en que se celebren las exequias en la capital del distrito militar, se vestirá por todas las clases rigoroso luto.

Art. 10. La espada del duque de Bailen, como recuerdo de gloria nacional, se depositará en el museo del real cuerpo de artillería.

Dado en San Ildefonso á veinte y cuatro de setiembre de mil ochocientos cincuenta y dos.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del consejo de ministros, Juan Bravo Murillo.

batió en los ejércitos del imperio; él os organizará y os mandará. Que aquellos de vosotros que hayan conservado sus antiguos uniformes, los ostenten ese dia; ellos recordarán vuestra gloria y vuestra bravura. El ejército se complacerá en adorarlos, el pueblo os saludará con respeto, y Luis Napoleón esperimientará una grata emociou en presencia de los compañeros del emperador.

ALEMANIA. Segun dice la Gaceta del Voss, tres estados solamente de la coalicion, la Baviera y los dos Hesses, son los que han contraido compromisos positivos con el Austria, y se han resuelto formalmente á romper con el Zollverein.

Por otra parte asegura una correspondencia particular de Berlin, que el gobierno prusiano ha concluido definitivamente las negociaciones, en atencion que los Estados de la coalicion no han dado una respuesta categórica para el 19 de setiembre, dia que se habia fijado como último plazo.

El duque de Wellington era el único feld-marsiscal prusiano que existia. En su consecuencia, el ejército prusiano debía llevar luto por tres dias.

Se ha nombrado una comision del 28.º regimiento de infantería, de que era coronel el difunto duque, para que vaya á Londres á asistir á los funerales si es posible.

El emperador de Austria ha sido recibido, como en su primer viaje, á su llegada á Pesth el 15 de este mes, con un inmenso entusiasmo. Atravesó la ciudad á caballo para ir al castillo de Buda, donde tiene su residencia. El 16 salió para el campo de Palota, cerca de Pesth.

SUIZA. En el Correo Suizo, periódico de Lausanna de 19 de este mes, leemos lo siguiente:

«Un triste accidente acaba de tener lugar esta misma tarde en el camino que va de aquí á Promasens, canton de Friburgo. La duquesa de Orleans, acompañada de sus dos hijos y de unas quince personas de su comitiva, se dirigía á Berna, cuando al llegar á Mondon supo que el puente de Courtlites habia sido llevado por las aguas la noche anterior.

El Correo Suizo añade, que la duquesa de Orleans se habia trasladado á Lausanna para recibir los cuidados que su estado reclama.

Por otra parte escriben de esta misma ciudad con fecha 18, que los doctores Peltis y Gusing, que habian llegado inmediatamente, habian reconocido á la duquesa y le habian encontrado una fractura simple de la clavícula derecha. La noche habia sido buena, y el estado de la princesa no ofrecia inquietud.

Los dos principes no habian recibido ninguna contusion. CORREO DE ESPAÑA. Asegura el Diario de Cataluña que aprobados ya los planos, y obtenidas ya todas las reales órdenes necesarias, tanto de obras públicas como de guerra, muy en breve empezarán los trabajos en grande escala del ferro-carril de Barcelona á Martorell; parece que la estacion de dicha capital se establecerá en el glásis de las Canaletas, y la de Martorell junto á la posada conocida por el Hostal de Puntarró.

En el Grandino leemos lo siguiente: «En la tarde del 11 se presentaron José Martín y José Tapia al alcalde de Murchas, gravemente herido el primero, y levemente el segundo; Manuel Orceza, vecino de Talará, fué quien causó las heridas.

Por disposicion del comisario D. José Muñoz Cansobre, ha sido conducido José Garcia al hospital de San Juan de Dios, herido por José Herencia. Este fué puesto al arresto municipal, á disposicion del señor juez del respectivo distrito.

Partido por completo sus cosechas, y que sufren las terribles consecuencias de una sequía espantosa, confian tambien en que si se lleva á cabo el colosal pensamiento de la vía férrea, encontrarán un medio fácil y útil para proporcionarles la subsistencia, tomando parte en las obras de desmonte, nivelacion y demas.

Así como en la provincia de Huesca tienen los campos una sed insaciable de agua, los de esta conservan muy buen aspecto, por las lluvias abundantes que nos regaló el agosto. Dios quiera compensarse de la triste suerte de los labriegos del alto Aragón, y les depare el consuelo que necesitan, porque su pobreza aumenta cada dia.»

PARTE OFICIAL.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

La Reina nuestra señora (Q. D. G.) y su augusta real familia continúan sin novedad en su importante salud en el real sitio de San Ildefonso.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Obras públicas.

S. M. la Reina (Q. D. G.) se ha servido disponer que se inserte en la Gaceta, para conocimiento de quien correspondiera, la adjunta copia que se ha pasado á este ministerio por el de Estado de dos decretos publicados en el Monitor de la Argelia, periódico oficial de aquella colonia, estableciendo un servicio de pilotos prácticos en los puertos y radas de la misma, y fijando la tarifa de los derechos de pilotaje que han de percibirse en la rada y puerto de Argel sobre los buques de todas clases.

De real orden lo digo á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde á V. E. muchos años. San Ildefonso 21 de setiembre de 1852.—Reynos.—Señor director general de obras públicas.

Copia que se cita en la precedente real orden. «Luis Napoleón, presidente de la república francesa: Vista la ley de 15 de agosto de 1792 y el decreto de 42 de diciembre de 1806 sobre la organizacion del servicio de pilotaje:

Artículo 1.º Se establecerá en los puertos y radas de la Argelia, y segun las necesidades de la navegacion, un servicio de prácticos.

Art. 2.º No podrán ser pilotos prácticos ó aspirantes de piloto los que no hayan cumplido la edad de 24 años, que no hayan hecho dos campañas de tres meses á lo menos al servicio del Estado, y satisfecho á un examen sobre la maniobra, el conocimiento de los bancos, corrientes, escollos y otros obstáculos que puedan dificultar la entrada ó la salida del puerto.

Los servicios prestados sobre los buques del Estado, así como los que se hayan verificado á bordo de los buques mercantes, deberán ser extractados del registro de matrícula y certificados por los administradores de marina.

Art. 3.º El examen de pilotos y aspirantes de piloto se verificará en presencia del administrador de marina por un oficial de navio ó de puerto, dos pilotos y dos capitanes del comercio, que serán designados por el oficial director del movimiento del puerto.

Art. 4.º El comandante superior de marina en Argelia expedirá una carta de admision á cada uno de los pilotos prácticos admitidos. Esta carta será registrada por la oficina de inscripcion marítima de la residencia del piloto y notificada al prefecto del departamento.

Art. 5.º En los puertos en donde el servicio de pilotaje haya sido organizado, la administracion de marina y la sala de comercio respectiva formarán, á propuesta del gobernador, una tarifa de los derechos que se examinará en consejo de gobierno y se fijará por un decreto.

Art. 6.º Los productos del pilotaje, de cualquiera naturaleza que fueren, se destinarán para los gastos del personal y del material de este servicio.

Art. 7.º En cada puerto el servicio administrativo del pilotaje se confiará á una comision compuesta del comandante superior de marina ó de su delegado, presidente; del capitán del puerto de comercio, de dos negociantes ó armadores, y de un piloto designado por la sala de comercio respectiva.

Los miembros negociantes y el piloto se nombrarán por tres años: serán reelegibles. Podrán ser suspendidos de sus funciones y separados por un decreto del gobernador general.

Art. 8.º Esta comision regulará todos los gastos del personal y del material del servicio, así como los socorros que puedan ser concedidos en la conformidad al art. 6.º del presente decreto. Las decisiones de la comision son definitivas.

de hayan tenido lugar los delitos y contravenciones. Art. 18.º Se establecerán reglamentos concernientes al servicio del pilotaje y á las disposiciones á las cuales los pilotos y capitanes de buques deberán hallarse sujetos, en cada uno de los puertos, por el gobernador general á propuesta del prefecto del departamento, en vista del parecer del comandante superior de marina en Argelia, y oido el consejo de gobierno.

Art. 19. Se declaran aplicables á la Argelia las disposiciones del decreto de 12 de diciembre de 1806 en cuanto no tienen nada de contrario al presente. Art. 20. El ministro de la Guerra está encargado de la ejecucion del presente decreto.

Hecho en el palacio de las Tullerías el diez y seis de julio de mil ochocientos cincuenta y dos.—Luis Napoleón.—El ministro de la Guerra, A. de Saint-Arnaud.—Visto para ser promulgado en Argelia.—Argel diez y nueve de agosto de mil ochocientos cincuenta y dos.—El gobernador general de Argelia, Randon.

Luis Napoleón, presidente de la república francesa. Visto el artículo primero del decreto de 16 de julio de 1852, previniendo la organizacion del servicio de los pilotos prácticos en la Argelia:

Vista la disposicion de 10 de agosto de 1844, que reduce á la mitad los derechos de pilotaje que se han de percibir sobre los buques de vapor:

Artículo 1.º La tarifa de los derechos de pilotaje que han de percibirse en la rada y puerto de Argel sobre los buques mercantes y de guerra franceses y extranjeros, queda fijada como sigue:

- Buques de comercio. A la entrada. 11 céntimos por tonelada. A la salida. 5 céntimos por tonelada. Buques de guerra á la entrada y á la salida. Francos. Navios de linea de cualquiera porte que sean. 50. Fragatas de vela de cualquier porte que sean. 40. Corbetas de guerra ó de cargamento de tres árboles y de cualquier porte que sean. 30. Gabarras de vela y de tres árboles. 25. Bergantines de guerra y buques ligeros de vela y de cualquier porte que sean. 20.

Art. 2.º Los buques mistos pagarán como los de vela. Los buques de vapor no pagarán mas que la mitad de los derechos de pilotaje.

Art. 3.º El ministro de la Guerra queda encargado de la ejecucion del presente decreto. Hecho en el palacio de las Tullerías á 16 de julio de 1852.—Luis Napoleón.—El ministro de la Guerra, A. de Saint-Arnaud.—Visto para ser promulgado en Argelia.—Argel 19 de agosto de 1852.—El gobernador general de Argelia, Randon.—Es traduccion conforme.

MINISTERIO DE GRACIA Y JUSTICIA. REGLAMENTO DE ESTUDIOS (1).

(Continuacion.) Art. 244. Si el congreso se compusiere de dos ó mas asignaturas de una misma facultad, el examen versará acerca de todas, sacando un número para cada una.

En caso de que una de las dos asignaturas pertenezca á otra facultad, el examen de ella deberá hacerse ante un tribunal de la misma.

Art. 245. Ademas, en todos los exámenes se observarán las reglas siguientes: 1.º Todo alumno, que llamado para ser examinado no se presentare, quedará para el último dia de examen; y si así no lo hiciere tampoco, será examinado en los extraordinarios.

Art. 246. Ningun alumno podrá sufrir el examen del año que ha estudiado, trascurrido el plazo de los exámenes ordinarios y extraordinarios, á no ser que justifique, á satisfaccion del jefe del establecimiento, enfermedad ú otro motivo fundado que le haya imposibilitado de verificarle á tiempo.

Art. 247. Tampoco se le permitirá sin licencia de dicho jefe, pasar á otro establecimiento á sufrir examen: podrá sin embargo concedérselo si acredita la causa que á ello le obligue.

Art. 248. Si el rector, decano ó director asistieren á algun tribunal por creerlo conveniente, tendrán la presidencia y el derecho de preguntar y votar si fueren facultativos.

Art. 249. Los números que se saquen de las urnas no volverán á ellas hasta que haya salido la mitad de los que cada una contenga.

Art. 250. Concluido el examen del alumno, cada juez pondrá en la lista á continuacion de su nombre, la nota que en su opinion haya merecido; las notas serán: mediano, bueno, notablemente aprovechado, y sobresaliente.

los correspondientes á los de colegios privados; y concluidos estos, se admitirán á los matriculados para la enseñanza doméstica.

Art. 250. Durante el curso académico, nadie será admitido á examen y prueba de estudios anteriores, sino en el caso que menciona el art. 209.

Art. 251. Las listas de los alumnos examinados se fijarán en el tablon de edictos de cada establecimiento.

TITULO V. DE LOS PREMIOS. Art. 252. Todos los años habrá premios en los establecimientos públicos de enseñanza, á los cuales optarán por medio de oposicion los alumnos que lo soliciten y reunan los requisitos que se expresan en este título.

Art. 253. Los premios serán ordinarios y extraordinarios. Los ordinarios consistirán en un diploma especial y en una obra correspondiente á la respectiva carrera; los extraordinarios en otro diploma especial y en la dispensa del depósito necesario para obtener el título en cada grado ó carrera.

Art. 254. Los ejercicios de oposicion á los premios ordinarios se verificarán luego que se concluyeren los exámenes del propio nombre y los de oposicion á los premios extraordinarios desde el dia 24 al 30 de setiembre. Los alumnos solicitarán los primeros en cuanto hayan sufrido el examen ordinario, y los segundos desde el 15 al 20 del citado setiembre.

Art. 255. Para optar á los premios ordinarios, se necesita haber obtenido la nota de sobresaliente en los exámenes ordinarios del curso que se acabe de estudiar.

Art. 256. Para optar á los premios extraordinarios, se necesita haber obtenido la nota de sobresaliente en los exámenes ordinarios del curso que se acabe de estudiar.

Art. 257. Solo se admitirá á la oposicion para los premios ordinarios á los alumnos que hubieren estudiado el año en el mismo establecimiento.

Art. 258. La oposicion para los premios extraordinarios serán admitidos, no solo los alumnos que hubieren estudiado en la universidad ó instituto agregado á ella, sino tambien á los procedentes de otros establecimientos, siempre que acrediten tener las condiciones requeridas, y vayan á seguir sus estudios en dicha universidad.

Art. 259. El premio se dará aunque solo se presente un alumno con las cualidades requeridas, debiendo, sin embargo, este alumno hacer los ejercicios correspondientes. Habrá dos premios si los aspirantes fueren nueve; tres si fueren quince, y así sucesivamente, aumentando un premio por cada tres aspirantes que haya de mas sobre cada periodo de la proporcion establecida.

Art. 260. Los premios ordinarios y extraordinarios son compatibles en un mismo cursante.

Art. 261. En el dia y hora señalados para ejercitar los aspirantes á los premios ordinarios y extraordinarios que hubieren firmado de antemano la oposicion ó director del establecimiento, serán encerrados en una aula.

Art. 262. El presidente de la junta de oposiciones los llamará de uno en uno por el orden en que hubieren firmado, y serán conducidos á la sala del ejercicio por un bedel ó portero, quedando los demas incommunicados; pero el ejercicio será público.

Art. 263. Los ejercicios para los premios ordinarios consistirán en contestar á los puntos que la junta habrá sorteado previamente á puerta cerrada y en el acto mismo decir á comenar la oposicion.

Art. 264. Sobre cada punto dirá el ejercitante lo que sepa, sin que ninguno de los jueces de la oposicion pueda dirigirse la palabra.

Art. 265. Los puntos ó lecciones serán los mismos para todos los aspirantes al premio.

Art. 266. Si en el curso hubiere asignatura de latin se hará traducir al alumno un trozo de los autores clásicos correspondientes al año, y trasladar á dicha lengua una frase que se le dictará y escribirá en el encerado. El trozo y la frase serán los mismos para todos los aspirantes.

Art. 267. Para que los censores puedan formar su juicio, ya absoluto, ya relativo, el decano ó director entregará á cada uno una lista de los alumnos que van á ejercitar y del orden en que han de ser llamados. En ella hará el juez para su gobierno las anotaciones reservadas que tenga por convenientes.

Art. 277. Se prohíbe toda pena de golpes ó malos tratamientos. El jefe ó catedrático que cometa este esceso incurrirá en responsabilidad, y se formará acerca de ello expediente gubernativo para que S. M. resuelva lo conveniente.

Art. 278. En las reincidencias se duplicará á la pena á los alumnos; y si aun así no se corrigiesen, se llevará á la queja al consejo de disciplina.

Art. 279. El rector, y en los institutos agregados á la universidad el director, no podrán relevar al alumno de la pena impuesta por el profesor; pero tendrán facultad de rebajar una tercera parte, ó comutarla por otra inferior siempre que lo estime conveniente, oyendo previamente al catedrático.

Art. 280. El mismo jefe dará parte al padre ó encargado del alumno de la pena de encierro cuando haya de permanecer en él, y lo hará por medio de papeleta que entregará un bedel en propia mano.

Art. 281. Corresponde al consejo de disciplina conocer de los escesos siguientes: 1.º Los casos de segunda reincidencia de que habla el art. 278.

Art. 282. Las penas que, según los casos, podrán imponerse por dichos escesos, son: 1.º La amonestación pública en la cátedra por el catedrático, por el decano ó por el jefe del establecimiento, según lo determine el consejo.

Art. 283. Las penas impuestas por el consejo de disciplina se pondrán siempre en conocimiento de los padres ó encargados, y se publicarán cuando y en la forma que el consejo estime conveniente.

Art. 284. Si además de los hechos cuya calificación y juicio definitivo se cometen al consejo de disciplina, resultaren otros que por su naturaleza pertenecían á la clase de delitos comunes y estén por lo tanto sujetos á la acción judicial, el rector ó director, reuniendo los datos y noticias convenientes, dará parte al juzgado ordinario para que proceda con arreglo á derecho.

Art. 285. Si ocurriere en alguna cátedra desorden grave ó desatento al profesor, y no pudiere saberse desde luego quiénes son los promovedores del esceso, el catedrático suspenderá la lección, dando parte al jefe del establecimiento para que adopte las disposiciones oportunas.

Art. 286. Si con el objeto de adelantar las vacaciones, ó por otras causas, hubiere en los establecimientos públicos de enseñanza alborotos con algún carácter de generalidad amenazando turbar el orden público, los gobernadores, oyendo previamente al rector ó director, podrán cerrarlos hasta tener la seguridad de que los estudiantes no faltarán al cumplimiento de sus obligaciones.

Art. 287. Se prohíbe á los alumnos dar muestras de aprobación ó aplauso al catedrático, considerándose también este acto como falta de disciplina. Tampoco podrá ningún estudiante tomar la palabra en el aula, ni siendo preguntado por el profesor.

Art. 288. Se prohíbe igualmente á los cursantes: 1.º Formar entre sí asociaciones de cualquier especie. 2.º Dirigirse colectivamente á sus superiores, y presentar ó publicar escritos ó exposiciones con el mismo carácter.

Art. 289. Se autoriza á los jefes de los establecimientos públicos de enseñanza para que, en el caso de ser perjudicial la permanencia en el pueblo de algún alumno forastero que hubiere perdido curso, reclame de la autoridad civil que le espida el correspondiente pasaporte para que regrese á su casa por un tiempo determinado.

Art. 290. Se autoriza á los jefes de los establecimientos públicos de enseñanza para que, en el caso de ser perjudicial la permanencia en el pueblo de algún alumno forastero que hubiere perdido curso, reclame de la autoridad civil que le espida el correspondiente pasaporte para que regrese á su casa por un tiempo determinado.

Art. 291. Se autoriza á los jefes de los establecimientos públicos de enseñanza para que, en el caso de ser perjudicial la permanencia en el pueblo de algún alumno forastero que hubiere perdido curso, reclame de la autoridad civil que le espida el correspondiente pasaporte para que regrese á su casa por un tiempo determinado.

Los cuerpos de la guarnición cubrirán las calles por donde ha de transitar S. M. —Ayer ha regresado á esta corte el señor ministro de Fomento, y esta tarde llegarán los de Estado y Gracia y Justicia.

—El domingo á las cinco de la tarde se instalará solemnemente en esta corte, en el antiguo palacio de los duques de Osuna, calle del mismo nombre, en el convento que fué de religiosas del Caballero de Gracia, la comunidad de los padres de la congregación de San Vicente de Paul, nuevamente restablecida.

—Hemos tenido ocasión de ver un cuadro de grandes dimensiones, pintado al óleo, que representa á Jesús predicando su doctrina al pueblo hebreo. La buena elección del colorido, la acertada colocación del Salvador y de los oyentes en diferentes actitudes, con naturalidad y atención; la exactitud de los ropajes y la entonación general que ofrece todo el conjunto, le presentan como una obra apreciable.

El autor, jóven de 18 años, hijo del ex-diputado García Jove, persona conocida y apreciada generalmente, promete ser un artista distinguido, si á la afición y buenas dotes que manifiesta por el arte, reúne suerte y protección, que le deseamos muy cumplida.

—Todo tiene fin en este mundo. Una prueba reciente de esta verdad es el haberse terminado ya enteramente el empedrado de adoquines de la calle de Fuencarral, cuya obra se creía interminable.

Table with columns: Daño, Benef, A OCHO DIAS. Lists provinces like Albacete, Alicante, Almería, etc., with corresponding values.

Table with columns: EPOCAS, REAUMUR, CÉNTIG., BARÓMET., VIENTOS, ATMOSP. Observations meteorológicas de ayer.

EFEMERIDES ASTRONÓMICAS DE HOY AL TIEMPO MEDIO. SOL. Saló á las 5 h. 51 m.—Se pone á las 5 h. y 53 m.

ESPECTÁCULOS. INSTITUTO. No hay función en este teatro según costumbre. Mañana domingo habrá dos funciones, cuyo portmónbirán los cartones.

COMODIDAD. Se cede una espaciosa sala con gabinete y alcoba, propia para un matrimonio ó una persona sola que quiera vivir independiente.

POLITÉCNICO. abrió su curso anual el día 4.º del próximo octubre, bajo la dirección del licenciado D. Juan Cortázar, catedrático de matemáticas superiores de la universidad central.

POESIAS. Habiendo sido declaradas por real orden de 8 de julio lites de texto para las escuelas de educación del reino, las Poesías de la señorita doña Angela Grassi, los maestros que deseen tomar una partida de ejemplares, podrán dirigirse por medio de carta franca á D. José de Bajo, calle del Calvario, números 19, 21 y 23, cuarto segundo, izquierda, Madrid, y percibirán rebaja.

SECCION DE ANUNCIOS.

Profesora de piano. Doña Ernestina Leglize, recientemente llegada á esta corte, admite lecciones para su casa y las de las discípulas.

Aviso interesante. El señor conde de Gazzera acaba de publicar un cuaderno, que distribuye gratis, y dará lecciones tambien gratis hasta fines del corriente mes.

AL SOL DE MADRID. Especialidad en Camisas, PUERTA DEL SOL, NUM. 22.

EL NUEVO SISTEMA LEGAL DE PESAS Y MEDIDAS, PUESTO AL ALCANCE DE TODOS, MELITON MARTIN, Ingeniero de la Compañía madrileña del Gas.

CURSOS DE IDIOMA INGLES. POR EL MÉTODO DE ROBERTSON, calle de Carretas, núm. 25, cuarto segundo.

TRATADO DEL ARTE DE FORMULA O DE RECIPIER, etc. etc., por Trouseau y Revel, traducido por D. Constantino Sáez Montoya.

OBISPOS CONTEMPORANEOS, prelados y demas dignidades DE LA IGLESIA ESPAÑOLA.

AL SOL DE MADRID. Especialidad en Camisas, PUERTA DEL SOL, NUM. 22.

EL NUEVO SISTEMA LEGAL DE PESAS Y MEDIDAS, PUESTO AL ALCANCE DE TODOS, MELITON MARTIN, Ingeniero de la Compañía madrileña del Gas.

CURSOS DE IDIOMA INGLES. POR EL MÉTODO DE ROBERTSON, calle de Carretas, núm. 25, cuarto segundo.

TRATADO DEL ARTE DE FORMULA O DE RECIPIER, etc. etc., por Trouseau y Revel, traducido por D. Constantino Sáez Montoya.

CRONICA DE MADRID. Se asegura que el motivo de haber regresado la corte del real sitio de San Ildefonso antes de lo que se decía, procede del sentimiento que ha causado á S. M. el fallecimiento del duque de Bailen.

CRONICA RELIGIOSA. SANTO DE HOY. San Lope, obispo y confesor. CULTOS RELIGIOSOS. Cuarenta horas en la iglesia de monjas de D. Juan de Alarcon, donde sigue la novena de Nuestra Señora de las Mercedes.

BOLSA. SIN OPERACIONES. 3 por 100 consolidado. 47 1/16 3 por 100 diferido. 24 15/16 Amortizable de primera á 12 1/4 Id. de segunda á 6 3/4 Acciones de San Fernando á 104

COMODIDAD. Se cede una espaciosa sala con gabinete y alcoba, propia para un matrimonio ó una persona sola que quiera vivir independiente.

PROFESOR DE INGLES. Mr. Keys, de Londres, profesor de lengua inglesa, catedrático del Ateneo y del Colegio Español, ofrece su nueva habitacion, calle del Carmen, número 53, cuarto segundo, á sus amigos y discípulos.

ENCICLOPEDIA ESPAÑOLA DE DERECHO Y ADMINISTRACION, ó NUEVO TEATRO UNIVERSAL DE LA LEGISLACION DE ESPAÑA E INDIAS.

COMODIDAD. Se cede una espaciosa sala con gabinete y alcoba, propia para un matrimonio ó una persona sola que quiera vivir independiente.

COMODIDAD. Se cede una espaciosa sala con gabinete y alcoba, propia para un matrimonio ó una persona sola que quiera vivir independiente.

COMODIDAD. Se cede una espaciosa sala con gabinete y alcoba, propia para un matrimonio ó una persona sola que quiera vivir independiente.

POLITÉCNICO. abrió su curso anual el día 4.º del próximo octubre, bajo la dirección del licenciado D. Juan Cortázar, catedrático de matemáticas superiores de la universidad central.

POESIAS. Habiendo sido declaradas por real orden de 8 de julio lites de texto para las escuelas de educación del reino, las Poesías de la señorita doña Angela Grassi, los maestros que deseen tomar una partida de ejemplares, podrán dirigirse por medio de carta franca á D. José de Bajo, calle del Calvario, números 19, 21 y 23, cuarto segundo, izquierda, Madrid, y percibirán rebaja.

ESENCIA O EXTRACTO de zarzaparrilla. —El objeto de este producto farmacéutico es proporcionar en un volumen muy reducido una gran cantidad de los principios atemperantes de la zarzaparrilla.

CREMA DE VINAGRE. Cosmético tal vez preferible á cuantos hay conocidos. Con solo echar un chorrito en el agua de averse, la vuelve lechosa y propia para limpiar el cutis con perfección, dejándolo terso y fino.